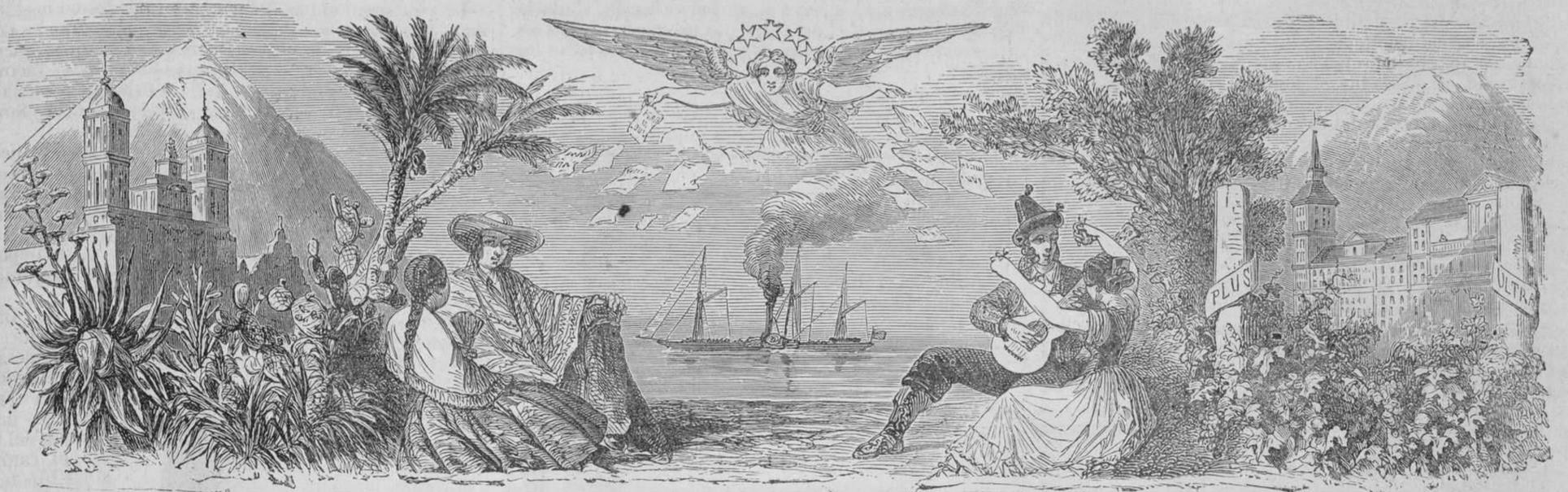


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1858. — TOMO XI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, passage Saunier, núm. 4, en Paris.

AÑO 17. — N° 265.

SUMARIO.

El ejército inglés; grabado. — La ambicion por amor. —

Revista de París; grabados. — Glorias de la mujer. — Las bodas de Cuasimodo. — Los terremotos de Nápoles; grabados. — La Llave de oro. — Rachel. Su muerte, sus funerales; apuntes biográficos; grabados. — Boletín científico. — El Alcázar de Sevilla. — Arqueología. — Las ventas á pública subasta en París; grabado.

sentar á nuestros lectores un análisis de este documento que da á conocer por completo la organizacion del ejército inglés y su régimen altamente aristocrático.

Las cuestiones que ha examinado la comision nombrada por la reina, se refieren al modo con que se obtiene el primer grado en el ejército, á los ascensos y á los retiros, tres elementos que forman en efecto la verdadera constitucion de un ejército.

El que pretende entrar en un cuerpo militar inglés, ó sea, el que quiere obtener una comision, dirige una solicitud al comandante en jefe ó á su secretario. El comandante en jefe forma expediente para examinar la moralidad y demás circunstancias del solicitante, y si la informacion resulta favorable autoriza la filiacion del candidato cuyo nombre se consigna en la lista de las comisiones, ya quiera obtener la suya *por medio de compra ó sin compra*.

Esta regla general tiene una excepcion, á saber: en los tres regimientos de guardias y en los de caballeria del interior la facultad de conceder la primera comision corresponde al coronel de cada regimiento; pero en los demás cuerpos del ejército el que pretende una comision, la compra ó no la compra, es enviado al colegio militar de Sand Hurst, donde se le sujeta á un examen antes de admitirle en el ejército. El actual sistema de examen data del año 1849.

Si es satisfactorio el resultado de esta prueba de aptitud, se declara al pretendiente *admisibile* á una comision.

Entonces si se decide por el sistema de *compra* puede obtener la primera vacante que resulte de un retiro comprado (pues debe saberse que se puede po

El ejército inglés.

Desde la guerra de Crimea Inglaterra tiende dar á su ejército un desarrollo y una importancia de que habia carecido hasta ahora: los acontecimientos de Bengala son sin duda la causa de semejante tendencia. Por otra parte, el ejército inglés con su régimen orgánico, con su reglamento para los ascensos, preocupa especialmente á la nacion inglesa y suscita varias cuestiones relativas á su reforma. Este asunto del que se habian ocupado muchas veces los periódicos y del que se habia hablado en los círculos militares, no habia adquirido mayor importancia en muchos años, hasta que ahora se ha discutido en el seno de una comision compuesta de eminencias militares y parlamentarias, dando motivo á una exposicion interesantísima.

Vamos pues á pre-



Cipayo de los regimientos indios sublevados en Dinapore y soldado de la caballería irregular sublevada en el pais de los santales.

cierta cantidad lograr que un oficial tome su retiro y proporcione así un ascenso á los demás); si al contrario pretende una comision *sin comprarla*, debe esperar á que resulten vacantes por muerte y á que le alcance el turno.

Los precios de compra de las diferentes comisiones que pueden solicitarse, están señalados por reales órdenes del año 1821.

El precio reglamentario marcado para la compra de la primera comision, no se ha variado nunca; no sucede sin embargo lo propio con los demás grados. Por otra parte, la comision no se publica en la *Gaceta oficial* hasta que su precio ó valor se haya entregado por completo en la agencia del ejército, agencia cuyas oficinas absorben en sueldos y gastos de administracion el presupuesto anual de cuarenta y dos mil libras esterlinas.

Se reserva anualmente un determinado número de comisiones gratuitas para los cadetes del colegio de Sand-Hurts que han sido aprobados en los últimos exámenes.

Echase de ver desde luego que estos dos sistemas de comisiones compradas ó gratuitas se aplican mas ó menos en paz ó en guerra.

En esta última circunstancia los aumentos de cuadros y las vacantes por muerte acrecientan realmente de un modo notable el número de comisiones gratuitas. Al contrario en tiempo de paz se conceden pocas, y las vacantes que resultan, se llenan por punto general con oficiales procedentes de la lista de los que están á media paga.

Tal es el reglamento de entrada en el cuerpo de oficiales del ejército inglés. Los únicos para los cuales no rigen estas disposiciones, son los cuerpos de artillería é ingenieros, pues nunca se ha introducido en ellos la compra y venta de las comisiones.

Hasta pocos años ha no se obtenia la charretera en estos dos cuerpos sino estudiando en la academia de Woolwich que está á cargo del director de artillería, quien expide los nombramientos; pero el ascenso se obtenia, como se obtiene aun ahora, despues del primer grado, por riguroso orden de antigüedad. No ha mucho empero se completó este sistema autorizando la entrada en la primera comision por medio de oposiciones. Esta reforma es reciente, y por esto no pueden juzgarse bien todavía sus resultados.

¿Cómo funciona la organizacion que acabamos de indicar? ¿cuál es su influencia? ¿cuáles son sus ventajas ó inconvenientes?

La comision confiesa que le parece muy difícil contestar con seguridad á estas preguntas.

Es preciso reconocer que el sistema de comprar las comisiones data desde que hay ejército permanente en Inglaterra.

Así en la época de la Restauracion cuando se instituyó la guardia real, este cuerpo constaba de hombres adictos á Carlos II; pero todos sus individuos, oficiales y soldados, al retirarse del servicio, estaban facultados para vender su plaza á otro, previa aprobacion del rey.

En la propia época estaba visiblemente autorizada la venta de los empleos civiles; así que no podia menos de parecer muy natural entonces la introduccion de semejante costumbre en el ejército; cuando un hombre eminente para obtener el destino de secretario de Estado hubo de pagar cinco mil libras esterlinas, nadie debia sorprenderse de ver que se daba, por ejemplo, una crecida cantidad por el destino de director de artillería, ni extrañarse de que se adquiriesen á título de compra los grandes empleos militares. Por lo demás, la historia de Inglaterra nos ofrece diferentes ejemplos de este género en todas épocas.

Así en 1681 Carlos II compró al coronel Russell la comandancia de los regimientos de guardias y la dió á su hijo, el duque de Grafton, que no habia servido jamás en el ejército.

Sin embargo, en el reinado de Guillermo II se prohibió la venta de comisiones en el ejército, y segun las prescripciones del *mutiny act* de 1694, todos los oficiales al entrar en el ejército debian prestar el juramento de que no habian dado ni habian prometido dar cantidad alguna ni recompensa para que se les concediese su comision; pero en el *mutiny act* de 1701 dejó de exigirse este juramento, y en 1771 dispúsose en un *warrant* real que no se venderia en adelante comision alguna sin aprobacion del rey, *autorizada de puño propio*.

Esto equivalia á la autorizacion definitiva de la compra de las comisiones en el ejército, ó sea, del sistema que desde entonces ha prevalecido constantemente.

LA AMBICION POR AMOR

NOVELA

POR D. JOSÉ MARIA GUTIERREZ DE ALBA.

I.

LOS TRES MILITARES.

En uno de los últimos dias del mes de mayo de 1808, se hallaban tres jóvenes y un anciano ocupados en labrar con el azadon una pequeña heredad perteneciente á este último y situada á corta distancia de uno de los pueblecillos mas próximos á la capital de Andalucía. Serian apenas las diez de la mañana, y ya el sol derramaba sus rayos abrasadores sobre aquellos campos cu-

biertos de doradas espigas, de verdes pámpanos y melancólicos olivares.

Nuestros cuatro labradores habian hecho ya parte de su tarea, y sentados á descansar á la sombra de un pino, el anciano entretenia á sus jóvenes compañeros, de los cuales el mayor tendria veinte años, recitándoles la historia del Cid Campeador y de la hermosa doña Jimena, que habia aprendido en sus mocedades, y que, de puro recitarla, la sabia ya tan de corrido como el Padre nuestro. Cada vez que la narracion tenia por objeto alguno de los brillantes hechos de armas en que el valeroso Cid esgrimia su tajante y vencedor acero contra los fugitivos sectarios del profeta, en nombre de su Dios, de su rey y de su patria, advertíase en el rostro de los tres mancebos una expresion de noble orgullo, que se manifestaba en el brillo de sus ojos y en la sonrisa de sus labios.

Pendientes de los del viejo narrador estaban los tres, sin atreverse apenas á respirar, por no perder una sílaba, cuando de pronto oyeron las campanas del lugar echadas á vuelo, y el ruido de muchas voces mezcladas y confundidas con sonidos extraños que desde allí era imposible distinguir.

El pueblo distaba poco mas de un cuarto de legua, y veíase á su alrededor una nube de polvo que casi lo cubria. Interrumpióse la narracion; el anciano y los jóvenes se levantaron, preguntándose mutuamente con los ojos cuál podria ser el motivo de aquella algazara.

—Yo lo veré en dos saltos, y traeré la noticia, exclamó el de menos edad de los tres; y sin aguardar respuesta, con la curiosidad pueril, la ligereza y la buena voluntad de sus quince ó diez y seis años, echó á correr como un loco en direccion al lugar, donde cada vez crecia mas el bullicio.

Media hora habria pasado apenas, cuando lo vieron volver jadeando y trayendo en las manos un sable de caballería, un chuzo armado en un palo y una vieja escopeta.

—¿Qué hay? le preguntaron los tres á un mismo tiempo.

—¿Qué ha de haber? contestó él, entrecortando las palabras para tomar aliento, que los franceses quieren hacerse los amos... y aquí no hay mas amos que nosotros. Los mozos de todos los lugares vecinos se están reuniendo á son de campana; las hermanas, las madres, hasta las mismas novias los animan. Cada uno coge el arma que puede, y yo he alcanzado estas tres para nosotros. Quince años tengo; vosotros veinte; veremos el que va delante. Y esto diciendo, arrojó dos de las armas que habia traído, y quedóse con el sable, que apenas podia manejar, esgrimiéndolo hácia todos lados y preguntando al viejo:

—Tio Juan, ¿era así como hacia el Cid Campeador en medio de los moros?

Al oír estas palabras, los otros dos mancebos arrasados por el entusiasmo de su joven camarada, se apoderaron del chuzo y la escopeta y se dispusieron á marchar.

El anciano lloraba como un niño, y sus lágrimas eran á un tiempo de gozo, de temor, de orgullo y de esperanza. Al fin exclamó:

—¿Y para mí, porqué no has traído tambien una?

—Porque Vd. tiene ya el pelo blanco, y es menester que se queden cuidando de las mujeres aquellos que ofrezcan menos peligro.

El viejo se sonrió con amargura, y abrazó á los tres con el cariño de un padre.

—Gabriel, Luis, dijo luego á los dos mas jóvenes, vosotros sois hermanos; mirad á Lorenzo, que va con vosotros, como si tambien lo fuera, y no os separeis nunca. Lo que tardeis en volver, yo partiré mi pan con vuestras madres y rogaré con ellas á Dios para que os saque con bien de todos los apuros.

—Muchas gracias, tio Juan, exclamaron los tres improvisados guerreros; y dándole el abrazo de despedida, corrieron gozosos á incorporarse con sus hermanos de armas.

II.

LA PATRIA Y LA FORTUNA.

Con el año de 1814 espiraba en Europa ese período que lleva el nombre de revolucion francesa. Despues de la abdicacion de Fontainebleau, y relegado Napoleón á la isla de Elba, todos los pueblos que tomaron parte en la lucha, comenzaban á deponer las armas; y las legiones extranjeras, que habian avanzado hasta Paris para sentar en su vacilante trono la dinastía derrocada por la revolucion triunfante, cumplida ya su mision, volvian con el arma al hombro á gozar de los beneficios de la paz en sus tranquilos hogares.

Cuando la legion española volvió á repasar el Pirineo, todos los voluntarios obtuvieron su licencia absoluta; y con el canuto en la cinta y la alegría en el corazon y en el semblante, volvian orgullosos al seno de la familia que los aguardaba con los brazos abiertos.

Seis años habian pasado, y los tres jóvenes de que hemos hablado en el capítulo anterior, despues de haber hecho su campaña con gran fortuna, sin dejar ningun miembro en el campo de batalla, acababan tambien de recibir su licencia; y con el traje medio militar y medio paisano y algunos ahorros en el bolsillo, se paseaban por el muelle de Santander, discurriendo sobre si seria mejor volver á Sevilla por tierra, ó embarcarse en alguno de los buques mercantes que hacen el comercio de la costa cantábrica y llegan hasta Cádiz ó Gibraltar.

Lorenzo, que era el mayor, y que contaba ya 26 años,

oponia con gravedad las reflexiones de los nuevos é innecesarios peligros que iban á correr en la travesía de la costa, y aun picaba el orgullo de sus dos compañeros, haciéndoles ver que no era digno de tres soldados veteranos el temor de correr á pié, y sin el embarazo de fusil ni mochila, la friolera de doscientas leguas, que era lo que en suma les faltaba.

Luis, que era el mayor de los dos hermanos, é igual casi á Lorenzo en edad, participaba de sus mismas opiniones; pero Gabriel, el mas joven de los tres, con el ardor de los veinte y un años y una imaginacion viva y traviesa, queria á todo trance hacer el viaje por mar, para probar, decia él, siquiera una vez en la vida las emociones del hombre que se entrega por su voluntad y confiado en Dios á la inconstancia de las olas.

Despues de haberse expuesto por una y otra parte infinitas razones en apoyo de los dos pareceres encontrados, decidieron ir á acabar la cuestion á una hostería que estaba allí cerca; y en efecto, se dirigieron allá y pidieron una botella para remojar la palabra.

Gabriel estaba muy pensativo y preocupado con su idea de navegar; y con ambos codos apoyados sobre la mesa, la barba en las manos y los ojos fijos en el licor espumante que su vaso, intacto aun, contenia, saboreaba en su interior las delicias de una vida agitada y aventurera, y hasta pensaba con desden en la existencia monótona que al regresar al pueblo le aguardaba.

Su hermano Luis y su camarada Lorenzo que le observaban no pudieron menos de preguntarle cuál era la causa de aquella meditacion tan profunda.

Entonces el joven se incorporó; pasóse la mano por la frente, lanzó un suspiro, y les habló de esta manera:

—Estaba pensando, hermano y amigo mio, en que hace seis años que faltamos del pueblo. Tu madre, Lorenzo, hace ya tres años que murió, y la nuestra... Luis, pronto hará cinco. Cuando volvamos allí, vosotros que habeis salido ya hombres y habeis dejado afeciones profundas, encontrareis dos mujeres por lo menos que os recibirán con la sonrisa en los labios, como han guardado por tanto tiempo en el corazon la esperanza de ser las madres de vuestros hijos. El tio Juan ha muerto tambien, única persona que despues de nuestras madres tendria un verdadero placer en abrazarnos. ¿Qué voy á hacer yo allí? Despues de seis años de la vida azarosa de los campamentos y los combates, despues de acostumbrado á ver cada día un pueblo nuevo, á requebrar cada noche á distinta patrona, la vida que nuestro lugar me ofrece será para mí la tristeza, la soledad y el aburrimiento. Yo queria, siquiera una vez, y antes de enterrarme para siempre entre el azadon y el arado, que en verdad es digo que me costará bastante trabajo el manejar ahora, haber probado la existencia del marino que en una frágil barca desafía las tempestades. Pero vosotros os opondéis á mis deseos, y no se dirá que yo, el menor de los tres, formo empeño en contradeciros. ¿Vosotros quereis volver por tierra? Sea en buen hora. ¡Adios, esperanzas lisonjeras! ¡Adios, sueños de esperanza y de fortuna! Volvamos al arado y al azadon. ¿Qué diablo! yo tambien encontraré una mujer que me quiera... ó á lo menos que me lo diga.

Y esto diciendo, empujó su vaso á la salud de las muchachas del pueblo, ofreciendo á su hermano y á su amigo acompañarlos de buena gana por donde quisiesen, olvidando la idea de embarcarse.

Aun no tenian mediada la botella, cuando entraron en la hosteria cuatro hombres, en cuyos trajes se dejaba conocer que los tres de ellos eran simples marineros y el otro capitán de su buque, segun la deferencia y respeto con que los tres le trataban.

Los marineros se sentaron junto á una mesa próxima á la de nuestros tres licenciados; el capitán dió una palmada, arrojó una moneda de oro sobre la mesa, y dijo á su gente:

—Vaya para que refresqueis á mi salud y convideis á estos buenos muchachos, que acaban de pelear por nuestra independencia.

—Con mucho gusto, mi capitán, dijeron los tres marineros.

—Mi capitán, muchas gracias, exclamaron á un tiempo los tres licenciados, poniéndose de pié y cuadrándose para hacerle un militar saludo.

—Yo voy á ver si encuentro ese hombre que nos falta, para reemplazar al pobre Miguel que hizo la tontera de morir en la travesía. Vosotros que no tardeis en volver al buque, pues esta noche nos hacemos á la vela.

—¿Se puede preguntar sin indiscrecion para dónde van Vds., mi capitán? se atrevió á decirle Gabriel, en quien Lorenzo y su hermano fijaron con agitacion una mirada de sorpresa.

—Para Valparaíso, buen mozo, contestó aquel, sin dar importancia á la pregunta.

Gabriel permaneció pensativo algunos instantes; pero al ver que el capitán se dirigia hácia la puerta

—Mi capitán, le dijo, ¿Vd. busca un hombre?

—Si. ¿Porqué?

—Porque yo quizás le proporcionaré uno. ¿Qué cualidades ha de tener ese hombre que Vd. busca?

—Hombre de bien, joven, robusto y valiente.

—¿Nada mas?

—Con eso basta.

—Pues entonces cuente Vd. conmigo.

—¡Cómo! exclamaron á un tiempo, pero con distinta expresion, todos los que allí se hallaban.

—Si señor, añadió Gabriel. Si Vd. me admite, yo soy ese hombre. De mi conducta y de mi valor responderá mi licencia; de mi robustez y mi juventud Vd. mismo puede juzgar.

— Entonces, contestó el capitán, vamos desde luego al buque.

Luis y Lorenzo se miraban atónitos, sin atreverse á pronunciar una palabra. Al fin, exclamaron con un acento de amargura:

— ¡Con que... nos dejas!

— No os apureis, ¡qué diablo! repuso el mancebo, ocultando la profunda impresion que aquellas palabras le habian causado. Cada uno debe seguir la vocación á que Dios le llama. Vosotros teneis la vocación de casaros para dar muchachos al rey y cultivo á la tierra; la mía es de correr el mundo y hacer fortuna. Mi capitán, ¿cómo se llama el buque?

— El *Aguila*.

— ¡Como la Virgen de mi lugar! ¿Lo ves, Luis? ¿Lo ves, Lorenzo? La Virgen irá conmigo.

Los marineros se levantaron y abrazaron á Gabriel de la manera mas cordial y afectuosa. Despues se dirigieron todos al buque donde se formalizó el enganche.

A la mañana siguiente Lorenzo y Luis, de pié y con los brazos cruzados á la orilla del mar, contemplaban por última vez con lágrimas en los ojos un punto negro próximo á desaparecer en el horizonte. Era el buque que llevaba á Gabriel.

Cuando el *Aguila* se perdió completamente de vista, los dos licenciados emprendieron tristes y silenciosos su largo camino, dirigiendo inútilmente algunas miradas de dolor hácia el dilatado Océano.

III.

LA AMISTAD DE FAMILIA.

Cuando Lorenzo y Luis llegaron al pueblo, refrieron casi llorando la aventura que les habia arrebatado á Gabriel. Todos los vecinos dijeron que lo sentian en el alma. Las únicas que por vergüenza no se atrevieron á decirlo, aunque verdaderamente lo sintieran, fueron las muchachas que se acordaban de haber jugado con él cuando pequeñas; porque al fin era un hombre de menos.

Los dos licenciados se encontraban sin familia; tenían una deuda que pagar á dos garridas mozas que habian sido fieles á su amor durante seis años, en que no se encontraba un marido para un remedio por el gran consumo de la guerra; y al fin, para descansar de una vez, se casaron como Dios manda: celebraron á un mismo tiempo sus bodas, y se decidieron á habitar como hermanos una casita que el bueno del tío Juan al morir habia legado á los tres jóvenes en su testamento, por partes iguales; y juntos labraron también la heredad, donde seis años antes trabajaban con el buen anciano, cuando el peligro de la patria los llamó á la guerra, heredad que por el mismo derecho que la casa les pertenecía. Esta fué la agradable nueva que les sorprendió al regresar á sus hogares, y que en honor de la verdad, ambos deseaban sinceramente noticiar á Gabriel tan luego como supiesen su paradero. Pero Gabriel no se acordó de escribir, ó no pudo, ó no quiso tomarse tal molestia; y andando el tiempo, su recuerdo se fué borrando, y los dos amigos continuaron en pacífica posesion de su modesta fortuna; y lo que es mas extraño aun, sus dos mitades observaban entre sí la mejor armonía, cosa no muy comun entre mujeres que se encuentran en el caso de disponer con igualdad de derechos.

A esto contribuía sin duda el carácter de Lorenzo y Luis que se amaban como hermanos, se estimaban como amigos y se comprendian como antiguos compañeros, y que habian hecho entender desde un principio á sus respectivas mitades, de la manera mas afectuosa, la necesidad de que ellas observasen también la misma conducta.

La costumbre de vivir los cuatro como una sola familia acabó por establecer entre ellos una cordial inteligencia, por hacerles adquirir los mismos gustos y experimentar las mismas necesidades.

En la iglesia, en las diversiones, en el campo, en todas partes se veía á los dos matrimonios reunidos. Si se compraba un vestido para Ines, que era la mujer de Lorenzo, al mismo tiempo se compraba otro para Teresa, que era la de Luis, y ellos por su parte hacían otro tanto. Una sola almendra no se comía en la casa sin que los cuatro participasen de ella; si uno no podía concurrir á una diversion por enfermedad ó por otra causa, los otros tres se privaban de ella con gusto; y era tal la felicidad de que habian sabido rodearse, que excitaban la envidia de todo el pueblo, y eran citados por todas partes como modelos de amistad y de honradéz y estimados por sus virtudes.

Para colmo de felicidad, al año de matrimonio las dos esposas fueron madres, con diferencia de muy pocos días. Los cuatro pedían al cielo que las criaturas que habian de nacer fuesen de sexo distinto, con la esperanza de poderles unir algun día, y que perpetuasen en un solo ser aquel afecto con que Dios habia ligado sus corazones. Pero como no siempre los decretos de la Providencia convienen con los deseos humanos, fueron varones ambos á dos; lo cual, si bien imposibilitaba los proyectos de enlace con que contaban para el porvenir, les dejaba el consuelo de que los dos niños serían á su vez lo mismo que sus padres, y sabrían conservar la amistad de familia que era su felicidad y su orgullo.

Bautizaronse los dos infantes en un mismo día y á una misma hora; y al hijo de Luis pusieron por nombre Lorenzo, y al de este Luis; dando así una prueba de lo mucho que se estimaban.

Mientras duró la lactancia de los dos niños, sus ma-

dres daban indistintamente el pecho al uno y al otro para formarlos, como ellas decían, de una misma sangre.

En lugar de dos cunas, compraron una sola, hecha expreso para contener á los dos; y á no ser por un lunar que uno de ellos tenía en un hombro, quizás en los primeros días hubieran llegado á confundirlos.

En medio de esta felicidad envidiable habian pasado ya dos años de matrimonio, cuando una mañana entró el escribano del lugar con la sonrisa en los labios, los anteojos sobre la nariz y un periódico en la mano.

Al ver en su casa aquel ave de mal agüero, los esposos experimentaron una expresion instintiva de disgusto; pero esta se cambió en alegría, tan luego como el depositario de la fe pública les anunció el objeto que allí lo llevaba, que era el de darles buenas noticias sobre Gabriel.

Apresuráronse los cuatro á ofrecer un asiento al recién llegado, que este rehusó políticamente; y despues de rogarle que no los tuviese mucho tiempo en el tormento de la duda, se pusieron todos á escuchar la nueva feliz que el funcionario leyó en estos términos.

— «*Gaceta de Madrid*... et cetera, et cetera. — Noticias de ultramar. — Escriben de Valparaiso que la fragata mercante de la matrícula de Santander, llamada *El Aguila*, que salió hace dos años de aquel puerto con direccion á este... y de cuyo naufragio en las costas de Africa se habia hablado hasta ahora con certeza, es completamente inexacto...

Al escuchar estas palabras, Luis y Lorenzo dejaron escapar un grito de alegría; pero á una señal del escribano, guardaron silencio y volvieron á escuchar, esperando los detalles de tan inesperada como dichosa nueva.

El hombre de la fe continuó:

— «El capitán, que acaba de presentarse en la casa á que venia consignado el buque, asegura que el naufragio tuvo lugar, al doblar el cabo de Hornos, y que desgraciadamente solo él pudo salvarse.»

El hermano y el amigo pasaron en aquel instante del extremo del mas profundo placer al extremo del mas intenso dolor. Sus ojos tributaron una lágrima á la memoria del desgraciado Gabriel.

Ines y Teresa también lloraron.

El depositario de la fe pública se encogió de hombros, y les dijo con voz reposada:

— La casa y la heredad son exclusivamente vuestras. Cuando queráis, yo daré testimonio de esta noticia.

Lorenzo y Luis no le contestaron.

El dobló con tranquilidad su *Gaceta*; guardó sus anteojos, y salió diciendo:

— La noticia que les acabo de dar, vale lo menos diez mil reales.

IV.

EL COLERA DE 1833.

El brazo de Dios parecia que se habia levantado para castigar los crímenes de la humanidad, haciéndola desaparecer de la superficie de la tierra.

El implacable viajero salido de las orillas del Ganges atravesaba todas las naciones, cárdeno el rostro, los ojos hundidos en sus órbitas, tendida al viento su desgredada caballera, y agitando en una de sus manos el negro pendon del exterminio, mientras con la otra fulminaba el ardiente rayo de la cólera celeste.

Desde las mas populosas ciudades hasta las mas insignificantes aldeas, desde los palacios de los monarcas hasta las chozas de los mendigos se estremecieron de terror, y los hombres elevaron al cielo las manos suplicantes, demandando piedad al Padre de las misericordias.

La venganza del Dios de la justicia quedó por entonces satisfecha; pero al cesar el cruel azote, los ojos de los padres conservaban aun las lágrimas derramadas por sus hijos; los hijos lloraban la pérdida de sus padres... La humanidad entera se habia vestido de luto.

Ines y Teresa, las esposas felices, las madres venturosas, lloraban también sin consuelo. Su dolor era tan grande como su desgracia. Luis y Lorenzo ya no existían.

Llamados al seno del Creador en un mismo día y á una misma hora, aquellos dos hombres que habian atravesado la vida como dos cariñosos hermanos, también hicieron juntos el breve camino de la muerte.

Antes de morir, ambos abrazaron á sus esposas y á sus hijos, exhortándoles á vivir en la dulce fraternidad que los habia unido hasta entonces. Ellos lo juraron así á la cabecera de los moribundos, y estos exhalaban el último suspiro llevando en el alma tan grato consuelo.

Los hijos, que contaban á la sazón diez y ocho años, habian sido hasta entonces dignos de sus padres; y todo hacia creer que la educacion y el ejemplo que habian recibido, bastarian para hacerles conservar la amistad sincera y el cariño leal que de ellos habian heredado.

Las madres encontraban un alivio á su pena, pronunciando los nombres de sus hijos, que les recordaban los de sus esposos.

Un año despues, nada absolutamente habia cambiado: los dos jóvenes, Lorenzo y Luis, seguían cultivando con el mismo afán la heredad de la familia, para que nada faltase á sus madres. Estas, en medio de su dolor, se contemplaban felices con el amor de sus hijos y la memoria de los que les habian dado la existencia.

Entre tanto, levantábase en el horizonte la tempestad que amenazaba turbar su reposo y aniquilar completamente su dicha.

V.

LA PRUEBA DEL AMOR.

Cerca de la heredad en que Luis y Lorenzo trabajaban habia una casa de campo, en que un labrador mas que medianamente acomodado vivía con sus hijas, Angela y Rosa. La de mayor edad, que era esta última, rayaba apenas en los diez y ocho años; la otra solo tenía diez y seis. Ambas eran bellas de rostro; pero entre sus almas habia una notable diferencia.

Angela, de carácter dulce y apacible, era modesta en sus aspiraciones, vivía feliz en el campo al lado de su padre, y encontraba un verdadero placer en las ocupaciones domésticas. Su único recreo eran las flores; sus compañeros algunos pajarillos que cuidaba con la solitud de una madre. Rosa, por el contrario, vivía mortificada lejos del bullicio del mundo; el deseo de brillar la consumía, y apenas habia diversion en los pueblos cercanos de que ella no participase, luciendo las galas que el padre no le sabia economizar, por evitar las lágrimas y los lamentos, que eran las poderosas armas de que la joven se valía cuando encontraba alguna resistencia. Su carácter altivo y orgulloso le habia hecho adquirir cierto dominio sobre todas las personas que la rodeaban. Su voluntad era allí la ley; y mas de una vez la pobre Angela sufrió en silencio las represiones del padre por culpas que su hermana habia cometido.

Al ponerse el sol, Angela y Rosa tenían la costumbre de asomarse á una ventana que caía al camino, por donde regresaban al pueblo, concluidas sus tareas, los labradores de aquellos contornos. Luis y Lorenzo eran de este número.

Mas de una vez, al pasar, los ojos de los mancebos se habian fijado en la ventana de la quinta, donde encontraban siempre la sonrisa apacible y bondadosa de la mas joven de las dos hermanas y la desdenosa altivez de la otra, que se dignaba apenas contestar á su afectuoso saludo.

Lorenzo se enamoró al fin perdidamente de Angela y Luis de Rosa; pero ninguno de los dos se atrevía á declarararse.

Los dos hablaban de ellas incesantemente, lo cual era un estímulo á su pasión y un vínculo mas que los unía.

Una tarde, cuando los dos jóvenes regresaban de su trabajo, notábase en ellos cierta turbacion, que se aumentaba á medida que se iban acercando á la quinta. Al divisar la ventana, se detuvieron los dos en medio del camino; por un impulso simultáneo, llevaron la mano á su corazón y cambiaron entre sí una mirada, que encerraba una inmensidad de esperanzas y de temores.

Llegados ya al pié de la reja, saludaron con mas embarazo que de costumbre, dieron algunos pasos para alejarse; pero haciendo despues un esfuerzo sobre su excesivo temor, volvieron atrás con los ojos bajos, como quien va á cometer un crimen, y cada uno de ellos arrojó un billete por la ventana. En seguida se alejaron de allí corriendo, cual si alguno los persiguiese.

Cuando estuvieron ya lejos de la quinta, se sentaron los dos en la orilla del camino, y se estrecharon las manos, felicitándose de haber llevado á cabo su empresa. Ambos tenían el rostro encendido y la respiracion jadeante.

Al entrar en su casa, abrazaron á sus madres como tenían de costumbre; cenaron con precipitacion y se encerraron en su aposento, para hablar de ellas con mas libertad. Sus ojos no se cerraron en toda la noche; y su conversacion, que duró tanto como su vigilia, quizás podria escribirse con una docena de palabras. Ellos sin embargo no la encontraron monótona, sino de una encantadora amenidad y de un interés sublime.

— Ya los habrán leído.

— ¿Qué pensarán?

— Yo temo...

— Yo espero...

— ¡Angela!

— ¡Rosa!

— Mañana...

Hé aquí á lo que se redujo la conversacion de toda la noche.

Los billetes que encerraban la declaracion amorosa de los dos mancebos, fueron recibidos de muy distinta manera por cada una de las dos hermanas.

Al leer Angela el sobre del suyo, dejó escapar una exclamacion de sorpresa mezclada de alegría.

Rosa leyó el de Luis con desden irónico, y lo arrojó en pedazos sobre el camino, acompañando la accion con una carcajada.

A la tarde siguiente, los jóvenes se acercaron con mucho temor á la reja.

Angela se asomó un instante con las mejillas como dos amapolas; dejó caer una flor, y corrió á esconderse. Lorenzo recogió la flor y la llevó á sus labios.

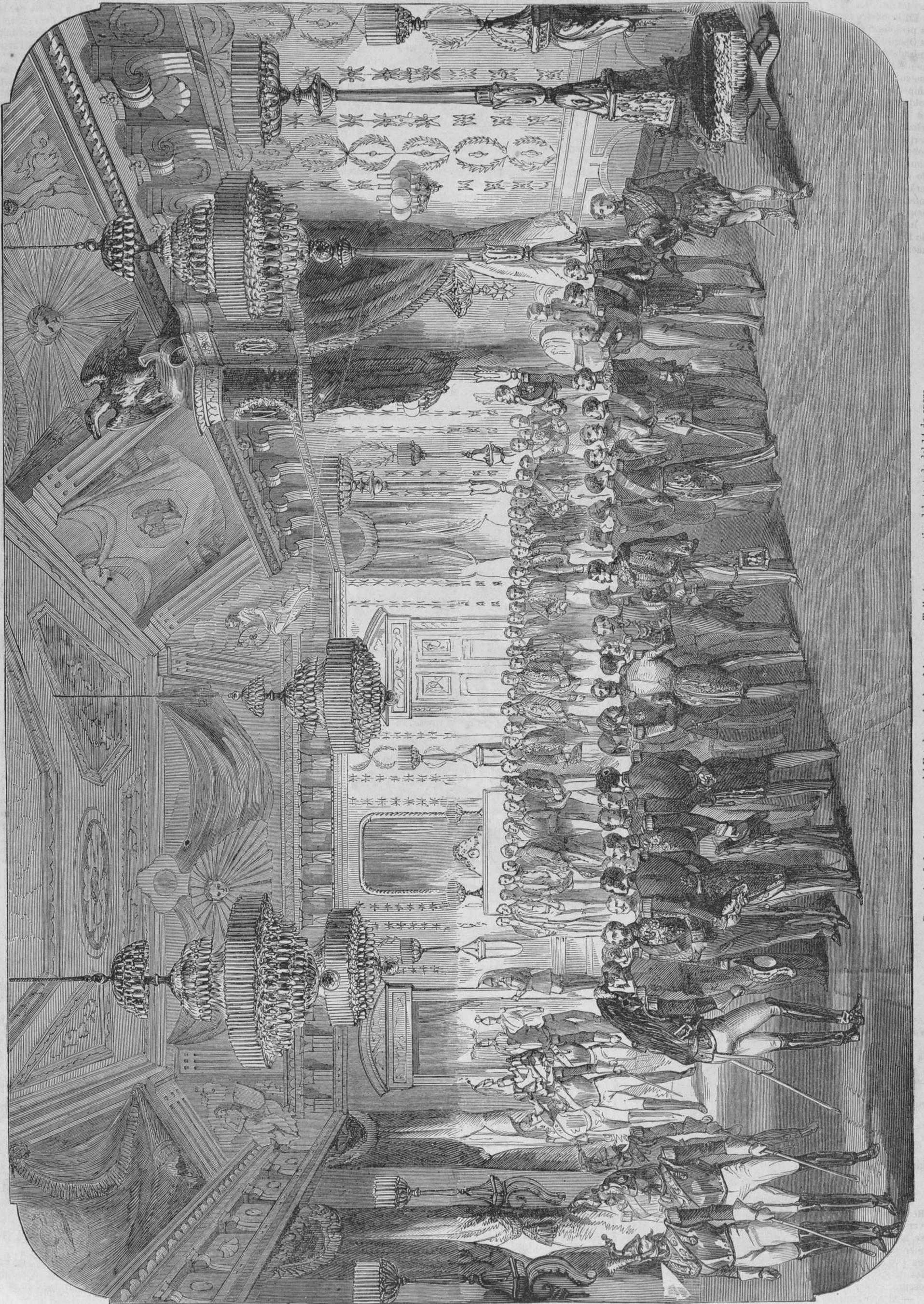
Viendo que Rosa no se asomaba, retiróse á aguardar á Luis, temiendo que fuese un obstáculo su presencia.

Luis esperó en vano hasta bien entrada la noche; pero viendo que Rosa no salía, se retiró de allí con el corazón angustiado.

Su fiel amigo comprendió su dolor, al verlo llegar pensativo y silencioso, y trató de moderar su propia alegría para no aumentar la tristeza de su querido compañero.

Luis le estrechó la mano en prueba de gratitud; pero con mas frialdad que de costumbre y sin levantar los ojos para mirarlo.

(Se continuará.)



Recepcion de los altos cuerpos del Estado en el salon del trono en Tullerías, con motivo del atentado del 14 de enero.

Revista de Paris.

En la noche del 14 se cometió un horrible atentado contra la persona del emperador Napoleon á las puertas del teatro de la Opera. Serian las ocho y media cuando al detenerse en la entrada del teatro el coche de SS. MM., se oyeron sucesivamente tres detonaciones producidas por otros tantos proyectiles huecos que arrojaron bajo el carruaje. Ni el emperador ni la emperatriz sufrieron lesion alguna, pero entre los curiosos, los soldados de la escolta y los agentes de la autoridad que habia en la plaza, resultaron mas de 130 heridos, de los cuales felizmente han sucumbido pocos. Tan espantoso crimen fué perpetrado por una banda de asesinos italianos que cayeron sobre Paris despues de haber fraguado en el extranjero su plan abominable. En la misma noche la justicia se apoderó de ellos, y su causa que se instruye activamente, nos revelará pormenores verídicos y precisos sobre esta maquinacion infernal, que si por fortuna dejó ilesos al emperador y á la emperatriz, ha costado la vida á tanta gente.

Inútil nos parece decir que este acontecimiento ha absorbido la atencion general en Paris durante la semana. La indignacion llegó á su colmo y la poblacion parisiense quiso mani-

festar con iluminaciones espontáneas en las noches del 14 y del 15 su regocijo por la señalada proteccion que la Providencia habia dispensado á SS. MM. En los dias siguientes todos los grandes cuerpos del Estado acudieron á felicitar á los soberanos, y de todas las provincias de Francia, así como de las córtes extranjeras llegan diariamente manifestaciones que expresan el horror que ha causado en todas partes un crimen tan inaudito y el alborozo por la milagrosa salvacion del emperador y de su augusta señora. Damos en la página anterior una vista del salon del trono de Tullerias en el momento en que Napoleon III recibe las felicitaciones de los altos cuerpos del Estado, y preparamos otros dibujos para los números próximos.

La crónica ordinaria de la semana presenta bien poco interés en presencia del atentado de la Opera. No obstante, trataremos de llenar nuestro cometido, y principiaremos por decir dos palabras sobre el cuadro que esta página representa. Al comenzar el año, los teatros de vaudeville de Paris tienen la costumbre de poner en escena unas piezas que llaman revistas, donde desfilan en un panorama grotesco todas las cosas mas notables del año anterior. No hay argumento ni trabazon dramática, ni órden de ninguna especie en estos ju-

guetes teatrales que son como una parodia crítica de los hombres y las cosas, esmaltados de agudezas de brocha gorda, y sobre todo de extravagancias. — En la revista del teatro de Varietés llama sobremedera la atencion el cuadro de las vendimias: el año 1857 dió mucha uva, y es acontecimiento que debe celebrarse. Cantemos y bailemos, pues la Francia tendrá vino en 1858.

Muy á menudo contamos historietas de amor que no prueban por cierto la firmeza y constancia que distinguieron á He-loisa y Abelardo; hoy excepcionalmente podemos elegir en sentido opuesto, y fácil es comprender que no desaprovechemos una ocasion tan extraordinaria.

El primer capítulo de esta historia maravillosa data de muy antiguo. Era el 15 de diciembre de 1803, y dos guardias marinas estaban comiendo en una casa particular del Palacio Real, cuya dueña era una jóven de diez y siete años, de rostro expresivo y gracioso, fino talle, mano delicada y pié de andaluza.

La comida llegaba á su fin, y los dos jóvenes, despues de haber bebido abundantemente, pidieron una baraja que la niña les presentó con una afabilidad encantadora.

— Oigame Vd., Clotilde, exclamó entonces el mas jóven de



TEATRO DE VARIÉTÉS. — Revista del año 1857. Cuadro de las Vendimias.

los dos marinos; hace unas cuantas horas que la conocemos á Vd. y ya estamos presos en sus cadenas...

— Parece que Vd. lo siente, señor holandés, interrumpió la niña acompañando sus palabras con una mueca graciosa.

— Al contrario... estoy en el quinto cielo, pero mi pasion no tiene límites.

— Y yo lo mismo, añadió el compañero que era un hijo rubio y rizado de la orgullosa Albion.

— Pues es lástima.

— ¿Y porqué?

— ¿Porqué? repitió el otro.

— Porque si se han enamorado Vds. de mí, como me figuro, adelantarán muy poco.

— Pero en fin, sepamos la razon, dijo el holandés.

Y el inglés repitió la frase.

— Hablaré ya que Vds. lo desean, dijo Clotilde riendo. — Reasumamos la historia del día de hoy. Esta mañana dos jóvenes valerosos y elegantes... que son Vds., señores míos... se hallaban á punto de ser presos ignoro porqué, cuando vinieron á distinguir un rostro de mujer asomado á una ventana y una mano que para libertarlos del apuro les hacia señales de que subieran; los jóvenes penetraron en un corredor oscuro, subieron la escalera que habia en él y llegaron...

— Al aposento de la criatura mas hermosa que hay en el mundo...

— Muy bien... la policia se quedó chasqueada, y nosotros pensamos en almorzar, luego en comer y luego en...

— En amar á Vd., Clotilde...; es una pasion seria.

— Lo mismo digo, añadió al punto el inglés.

— Entiendo... pero ahora debo decir yo que me quitan ustedes la libertad de elegir queriéndome igualmente.

— Pues para arreglar el asunto hemos pedido la baraja... Yo por mi parte declaro que no renuncio á Vd...

— Lo mismo declaro, repuso el otro.

— Primero vamos á jugar á ver quién es el favorecido por la suerte, y en seguida nos batiremos.

— ¡Batirse!

— Se cargará una sola pistola, y el que haya ganado matará al otro.

— ¿Como se mata á un perro? Y todo por una mujer que Vds. no conocen, que...

— Clotilde, me he enamorado de Vd., dijo á guisa de respuesta el oficial holandés apoderándose con entusiasmo de una de las manos de la jóven.

— Y yo igualmente, repuso el inglés imitando la accion de su compañero.

Y entrambos cayeron á la vez á los piés de Clotilde.

¿Qué pasó en aquel momento en el corazon de la jóven? Dios solo lo sabe; pero es lo cierto que su corazon latió fuertemente; la sonrisa se detuvo en sus labios, y una lágrima,

una lágrima hermosa como una perla apareció al borde de sus párpados.

Clotilde hizo una pausa recogiendo como para tomar una resolucion, y en seguida exclamó con desembarazo y levantando del suelo á sus adoradores.

— Amigos míos, no soy tan ligera ni tan indigna de estimacion como Vds. pueden figurarse. Apenas conozco á Vds., y no obstante ya se han conquistado mi aprecio... ¿Cuál de los dos, sin embargo, ha hecho mas impresion en mi alma?... Lo ignoro todavia, y necesito un año para resolverme á mí misma este problema. Hé aquí mis proposiciones. No me jugarán Vds. como si fuera la moza de una posada, ni se bafiarán Vds. por mí. Yo les proporcionaré á Vds. pasaporte y disfraces (una actriz como yo tiene siempre esas cosas), y en cuanto sea de noche Vd. tomará el camino de Texel y Vd. el de Plymouth. Mañana estarán Vds. fuera de Francia donde no habrian debido venir en estos momentos, y dentro de un año...

— ¿Dentro de un año!... exclamaron á la vez los dos jóvenes indecisos.

— Les esperaré á Vds. tal dia como hoy en el café de Foy, donde les cito, en la quinta mesa á la izquierda de la entrada... El que llegue el primero [en punto á las doce de la noche...

— Acabe Vd., Clotilde.

— Aquel será el favorecido.

— ¿Lo jura Vd.?

— Lo juro. ¿Y Vds. aceptan?

— Aceptado, dijo el holandés; si no es dentro de un año será dentro de dos, de cuatro, de diez, pero volveré seguramente.

— Yo lo mismo, repuso el compañero.

Tres manos se enlazaron, tres manos cordiales, francas y agitadas por las mismas emociones.

Una hora despues Clotilde acompañaba fuera de París á sus dos protegidos, y al año siguiente cuando llegaba la hora convenida se presentaba sola en el café. Pidió tres sorbetes, tomó uno, pagó, y se volvió suspirando y diciendo:

— Será el año próximo.

A la misma hora una corbeta inglesa doblaba el cabo de Buena Esperanza en medio del estrépito de los elementos desencadenados. La mar y el cielo estaban terribles, el viento silbaba en las cuerdas del buque que parecían otras tantas serpientes enfurecidas, y sin embargo el oficial de servicio estaba sereno y radiante.

— Quizá, se decía mirando su reloj á la luz de los relámpagos, Clotilde piensa en mí en este momento... Yo tambien pienso en ella.

En Batavia á bordo de un buque convertido en hospital, un teniente de marina se consagraba al servicio de las víctimas de una epidemia cruel. Cuando dieron las doce de la noche sofocó un suspiro exclamando:

— Clotilde, te amo siempre.

Al otro año la jóven volvió de nuevo al café de Foy... y tambien tuvo que marcharse sola.

La Francia vencida firmó la paz; llegaron los Borbones, los extranjeros invadieron París, y el 15 de diciembre de cada año se encontraba siempre en la quinta mesa á la entrada del café de Foy una mujer vestida de luto. Esta mujer permaneció jóven mucho tiempo; luego algunos hilos plateados surcaron el ébano de su abundante cabellera, y por último, la nieve reemplazó en su cabeza los polvos que durante tanto tiempo habia gastado para salir á las tablas y que la sentaban tan bien.

Pero hé aquí que el 15 de diciembre de 1837 á las doce de la noche, en el momento en que los mozos iban á cerrar la puerta del café de Foy, un comodoro inglés cubierto de cintas y de cruces, pero con una pierna de madera y un brazo vendado, pregunta si no estaba por allí una jóven... Al mismo tiempo se disponia á salir una señora anciana que acababa de tomar un sorbete.

— Vamos, se decía con una candidez adorable, será el año próximo.

De repente distingue al jóven marino, lanza un grito de júbilo, y se arroja confiada en sus brazos murmurando:

— ¡Eres tú!... ¡te amo siempre!...

— Y yo lo mismo, respondió el comodoro con un acento lleno de sencillez y de expansion.

Hoy están casados y acaban de marchar á Texel, donde descansa hace medio siglo el cuerpo de su pobre amigo muerto en Batavia en 1806, víctima de su ardor en cuidar á los enfermos de su fragata acometidos de la peste.

Esta es la historia de cuya veracidad no responderíamos nosotros en estos tiempos de amores fugitivos y de amistades equívocas que atravesamos; pero la garantiza el primero que la ha dado á luz con largos detalles, y es un folletínista del periódico de Bruselas «el Norte.»

Un lance muy digno de la crónica parisiense se citaba noches pasadas en una reunion, donde eran conocidas las personas que en él figuran. Imaginémonos la escena siguiente:

A punto de marchar al baile una señora del gran mundo se hallaba en su tocador, mientras el marido se hacia el lazo de la corbata mirándose al espejo.

La dama contemplándose detenidamente se extasiaba sobre la hermosura del vestido que acababa de ponerse, diciéndose que el corpiño escotado la sentaba á las mil maravillas.

— Si fueras un hombre amable harías una cosa, mi querido Enrique, exclamó dirigiéndose á su esposo.

— ¿Qué cosa? mi querida Adela, dijo el marido.

— ¿A que no eres capaz de darme gusto?

— ¡Ay! Adela, ya sospecho que tu capricho ha de ser algo caro.

— ¡Oh! No; se trata de unos diamantes.

— ¡Digo!

— Un aderezo que he visto en una platería.

— ¿Un aderezo nada mas?

— Eso sí, completo; las cosas hacerlas ó no hacerlas.

— ¿Con diadema y todo?

— Vamos, prescindiré de la diadema.

— Algo es algo.

— Vamos, Enrique, todas mis amigas tienen aderezos de diamantes, no se lleva otro adorno.

— Ya lo veo.

— Yo soy la única que se presenta sin diamantes, y esto hace que hablen de mí...

— La belleza es tu mejor adorno, y todas tus amigas la envidian.

— Una lisonja no es una respuesta, Enrique; cómprame el aderezo.

— Dime, querida mia, ¿crees que nuestra fortuna nos permite gastar diamantes?

— Habla en singular.

— Está bien; pero ese singular es muy caro, Adela.

Adela suspiró profundamente.

— Entonces haremos una cosa: dame dos mil francos, ya ves que no es una cantidad extraordinaria.

— ¿Y qué harás?

— Me compraré un aderezo falso.

El marido se sonrió con aire satisfecho, corrió á su cuarto, y volvió con el dinero que entregó á su mujer, la cual le dió un abrazo rebosando de júbilo.

Pocas noches despues Adela se presentó en una reunion

con un aderezo de brillantes cuyos resplandores ofuscaron la vista á muchas amigas.

— ¡Qué asombro! decían todas; no se han visto piedras mas deslumbradoras.

El marido y la mujer se rieron mucho del engaño.

Tres años mas tarde Adela murió y Enrique la lloró algun tiempo. Pasados unos meses se acordó del aderezo de diamantes falsos, y pensando que podría sacar por ellos cuatrocientos ó quinientos francos, los llevó á casa de un joyero.

¿Cuál no sería su sorpresa al saber que valian treinta y tantos mil francos! Eran brillantes y de los mejores. Las amigas íntimas de Adela dicen que los compró con los ahorros de la casa que estuvo reuniendo con ese fin desde el dia de su matrimonio.

Sea como quiera, lo cierto es que el lujo actual obliga á la mujer á emplear todos los expedientes que caben en su fecunda imaginacion. Así en el dia todo hombre se espanta cuando se trata de boda, aunque la novia lleve una dote decente.

Cuéntase que un jóven á quien proponian una niña bonita con doscientos mil francos, entró en estos cálculos de aritmética conyugal que prueban en la cuestion estudios muy profundos.

— Ese dinero colocado á cinco por ciento, que es el interés corriente, me producirá diez mil francos anuales; ella me costará mucho mas, y si no veamos: — Es bonita, de modo que se dejará ver, y tendrá que vestir elegantemente. Dos vestidos cada estacion, ó sean tres mil francos, y nada exagero al precio que tiene hoy la seda, y segun lo que llevan las modistas. Ropa blanca, encajes, tocados, guantes, perfumería, joyas, dos mil francos. Y no hay que olvidar el calzado, medias de seda, botitas, en fin mil francos. ¿Y los sombreros, las flores artificiales, las plumas, los manguitos?... No contemos nada. Luego hay gastos menudos que son indispensables: música, libros, dibujos, teatros, todos los aparatos del bordado, las limosnas, los anteojos en la calle; pongamos mil quinientos francos. Ya tenemos siete mil quinientos, y todavía falta. Llega el verano; es preciso ir á Baden, á Vichy, á los Pirineos; los gastos de la excursion durante dos meses no bajan de mil quinientos; ya nos salen nueve mil francos. Por último, mi señora tiene una doncella que se lleva lo restante hasta los diez mil en salario y en regalos... ¿Qué me queda á mí de su dinero? Nada.

Así se calcula en París; y cuando la asociacion matrimonial se efectua solo por razon de intereses, esta manera de ver nos parece sumamente lógica.

MARIANO URRABIETA.

Glorias de la mujer.

I.

¡Oh niña, niña donosa,
La del delicado pié,
La de los ojos azules,
La del labio de elavel,
La del cabello dorado,
La de la rosada tez,
La de la dulce mirada,
La de cien gracias y cien,
Oh niña, niña donosa,
Un galan que anhela ver
La luz de tus bellos ojos,
Pasa una vez y otra vez
Bajo tu ventana, y nunca
A la ventana te ve!
Tirana, ¿porqué te escondes?
Tirana, ¿porqué huyes de él,
Si en otro galan no has puesto
Todavía tu querer,
Segun dicen tus vecinas
Que deben saberlo bien?
Amor con amor se paga,
Pon fe donde vieres fe,
Y deja el apartamiento
Para la adusta vejez,
Porque si niña y hermosa
Pagas amor con desden,
«Digo que no tienes alma
Ni corazon de mujer.»

II.

¡Oh niña, niña donosa!
Cuando reclinas la sien
Sobre la blanca almohada,
¿Qué sueñas entonces, qué?
¿No sueñas que discurriendo
Por un florido vergel,
Inclinas la hermosa frente

Con extrema languidez,
Inquieta por un deseo
Que no puedes comprender?
¿No sueñas que de improviso
Se postra humilde á tus piés
Un jóven cuyas palabras
Disipan la palidez
De tus mejillas y llenan
Tu corazon de placer?
¿No sueñas que al extinguirse
La luz del dia, con él
Vagas entre los rosales
Trocando ofertas de fe?
¿No ves á tus compañeras
Baile y juegos suspender
Por contemplar envidiosas
Tu dicha con avidez?
Pues si nada de esto sueñas,
Pues si nada de esto ves,
«Digo que no tienes alma
Ni corazon de mujer.»

III.

¡Oh niña, niña donosa!
¿No consideras, no ves
Que está en la union de dos almas
La fuente de todo bien,
Pues cuando el amor profundo
Une á un ser con otro ser,
Es una flor cada espina,
Y es este mundo un eden
Donde los ojos no vierten
Mas llanto que el del placer?
¿No anhelas hallar un alma
Espejo limpio y fiel
Donde á todas horas puedas
La tuya gozosa ver?
¿Un alma noble que tenga
Por un mentido oropel
El oro, la gloria, el fausto,
La libertad, el poder,
Comparados con la prenda
De tu ilimitada fe?
Pues si nada de esto anhelas,
Pues si nada de esto ves,
«Digo que no tienes alma
Ni corazon de mujer.»

IV.

¡Oh niña, niña donosa!
¿No piensas alguna vez
Que tiene la enredadera
Necesidad de sosten,
Pues si no hay un arbolito
Que la sostenga, se ve
Derribada en la vereda,
Donde el pastor y la res
La enlodan y la deshacen
Sin compasion con el pié?
¿Que siendo débil como ella,
Tú como ella has menester
A tu lado un arbolito
Que apoyo y sombra te dé?
¿Y no ves que el dolor, carga
Tan pesada suele ser,
Que si no le compartimos
Con un compañero fiel,
Podemos en la jornada
Desfallecidos caer?
¿No sabes que en este mundo
Hasta compartiendo el bien
Encuentran las almas nobles
Un santo y dulce placer?
Pues si nada de esto sabes,
Pues si nada de esto ves,
«Digo que no tienes alma
Ni corazon de mujer.»

V.

¡Oh niña, niña donosa!
Fuera de la doncellez
Hay un estado que encierra
Goces sublimes tambien.
El dulce nombre de esposa

Tu aspiracion debe ser,
 Pues el vinculo que indica,
 Cuando obra del amor es,
 Es blando lazo de flores,
 No una cadena cruel.
 Bajo ese vinculo santo,
 ¿Tus ojos, niña, no ven
 A la madre cariñosa
 Que besa con embriaguez
 La rosada faz del ángel
 Desprendido de su ser?
 ¿No ves al feliz esposo
 Sellar con su labio fiel
 La mejilla de la esposa
 Lleno de amor y placer?
 ¿No piensas que en estos goces
 Hay tal encanto y tal bien,
 Que solamente en el cielo
 Mayores los puede haber?
 Pues si nada de esto piensas,
 Pues si nada de esto ves,
 «Digo que no tienes alma
 Ni corazon de mujer.»

VI.

¡Oh niña, niña donosa!
 Con la caduca vejez
 Que despojará á tu rostro
 De su hermoso rosicler,
 Vendrán los dolores físicos
 En inhumano tropel,
 Y quedará á sus embates
 Anonadado tu ser.
 ¿No piensas que será dulce
 En aquel trance cruel,
 Hijos amantes en torno
 Del lecho agrupados ver?
 ¿Que será, al dejar el mundo,
 Muy grato dejar en él
 Alguien que riegue con lágrimas
 El misterioso ciprés
 Que á vuestras yertas cenizas
 Sombra benéfica dé?
 ¿Que la oración de los hijos
 El Señor debe acoger,
 Pues la súplica mas santa
 Depositada á sus piés,
 Es la del hijo que llega
 Por su madre á interceder?
 Pues si nada de esto piensas,
 Pues si nada de esto ves,
 «Digo que no tienes alma
 Ni corazon de mujer.»

ANTONIO DE TRUEBA.

Las bodas de Quasimodo.

(Conclusion).

» Su sorpresa y su júbilo al encontrarse allí fueron excesivos. La entregué una suma de dinero de la cual me devolvió la mitad con una cartita en que me preguntaba si algun motivo cuyo secreto respetaría, me impedía verla en su nueva situación, y si podría tener pronto la dicha de darme gracias de palabra.
 » La respondí que yo vivía como un oso, que era un pobre misántropo afectado de una enfermedad moral incurable; pero que no la olvidaría, y que la suplicaba aceptase hasta nueva orden lo que ella llamaba mis beneficios, sin el menor reparo. Añadía que era libre, y que haciendo un poco de bien no perjudicaba á nadie.
 » Su contestación fué muy triste, y me pidió que la hiciera una visita. Quizá me despreciáis, decía, y me creéis indigna de un testimonio de interés fuera de los socorros materiales. Me devolvió el dinero que la mandé otra vez. No accedí á sus instancias, tal era mi temor de romper con mi presencia el hechizo que tenía para mí aquella proteccion misteriosa.
 » Sin embargo, sostuve una lucha muy fuerte conmigo mismo. Ardía en deseos de saber si mi hija adoptiva, si mi pobre hermana (yo la daba estos nombres) era tan bonita como yo soy horrible.
 » No resistí mas tiempo á este deseo.
 » Seguro de que no me conocería fui á pasearme una noche por el barrio en que habitaba, y pasé repetidas veces por delante de su puerta, espionando á las mujeres que entraban ó que salían, y casi en la persuasión de no engañarme.
 » Durante quince dias mis paseos fueron vanos.

» Me informé acerca de las costumbres de Carlota, y supe que salía poco, que no recibía á nadie, y que vivía acompañada de pájaros y de flores. Trabajaba constantemente y á veces hasta las altas horas de la noche. Todos los vecinos la elogiaban.
 » — Veo, dije para mí, que no siempre se recoge el mal sembrando el bien.
 » Un domingo á las doce del dia que pasaba por su calle, salió de su casa una mujer, pero con tal presteza que no pude distinguir su perfil. En el momento en que precipitaba mi andar, diciéndome que el aire de aquella persona era demasiado elegante, y su traje, aunque sencillo, de muy buen gusto, para pertenecer á la pobre jóven que descubrí á la orilla del Sena, la portera salió gritando y llamándola por su nombre.
 » Carlota se volvió.
 » Renunció á describirte lo que experimenté en aquel instante. ¿En qué lengua y con qué palabras podría traducirse una impresion compuesta de un sentimiento de admiracion inmenso y de un dolor agudo?
 » Carlota era divina.
 » Desde aquel dia caí en una tristeza profunda. Ni siquiera tenía el recurso de matarme; el pensamiento del suicidio me era odioso.
 » Otro dia encontré á Carlota en el Palacio Real examinando en la muestra de una platería un aderezo de diamantes que compré aquella noche y mandé á su casa.
 » El mozo me le devolvió con una suma de cuarenta francos y una carta que decía:
 » Solo vos habeis podido enviarme esta alhaja; permitidme que os la devuelva, pues para nada me serviría.
 » Al mismo tiempo recibireis una suma de cuarenta francos procedente de mis economías. La pondréis á cuenta de mi deuda. Gracias á la clientela de varias señoras ricas, podré mandaros en breve mas dinero.
 » Mi gratitud será siempre la misma; pero os confesaré con sinceridad que vuestro recuerdo que habria podido serme tan dulce, me pesa á veces sobre el corazon. ¿Puede existir un motivo que impida á un bienhechor el sustraerse eternamente á la expresion de un reconocimiento legítimo?
 » Habeis sido bastante generoso para salvarme de la muerte y del oprobio, y no lo sois para perdonarme, para olvidar mi falta.
 » Sin embargo, os habria amaño santamente, pues hay en vuestras acciones una sencillez y una delicadeza que enternecerian al corazon mas insensible.
 » Ignoro si sois jóven ó viejo, aunque vuestra voz es ya suavidad recuerdo, me haga suponer que no tenéis mas de treinta años; pero habria sido vuestra hija, vuestra criada, lo que hubiérais querido, pues sois un hombre noble y honrado, y habria tratado de curaros de la enfermedad moral que tanto daño os hace.
 » Escribidme, necesito un consejo.
 » Un jóven de buena familia me persigue con sus atenciones; ofrece casarse conmigo si consiente su madre; su padre ha muerto. Nunca ha venido á mi casa, pero me ha escrito; yo le he visto y no le amo.
 » Además, un hombre honrado no querría casarse conmigo en cuanto supiera... No quiero contestarle, no quiero confesarle nada. ¿Qué haré? Es muy político, pero me parece testarudo, y creo que está muy enamorado.
 » Aconsejadme, mi querido bienhechor, y si un dia necesitais un afecto sin límites, acordaos de

» CARLOTA. »

» Hay en esta carta una frase, mi querido Ernesto, que me dió un golpe terrible en el corazon; ya puedes adivinar cuál es.
 » Sin vacilar me vestí cuidadosamente, y estaba mas muerto que vivo cuando llamé ligeramente á la puerta de Carlota.
 » Ella me salió á abrir, y con una expresion de alegría inefable, exclamó al verme:
 » — ¡Dios mio!... ¡Sois vos!... ¡cuán bueno sois!...
 » — ¿Se burlará de mí? me pregunté.
 » Tomó una de mis manos, me hizo sentar, acercó una silla á mi sillón, y me clavó la vista...
 » Mucho sufrí entonces.
 » — ¿Sabeis quién soy? la pregunté.
 » — Sí, lo sé.
 » — ¿Y cómo?
 » — Me perdonareis... ¿no es verdad?... os lo diré todo.
 » — Veamos.
 » — He ganado al mozo que empleais á menudo en vuestros encargos, y que os quiere mucho. Le he confiado ciertas cosas y le he dicho que no queria morir sin haberos visto. Cediendo á mis súplicas, me dió las señas de vuestra casa y me indicó las horas á que salíais. Tuve el placer de veros muchas veces, y siempre de incógnito. Cuando yo miraba el aderezo que me enviasteis en el Palacio Real, estábais detrás de mí... ¡Dios mio!... ¿Os incomodais?
 » — No, dije yo creyendo que soñaba; pero lo singular es que los dos hemos empleado el mismo ardid... yo tambien queria veros.
 » — ¡Ah!... ¿Con que no me despreciáis?
 » — ¡Yo despreciaros!...
 » No me acuerdo de lo que me dijo Carlota durante media hora. Era una música deliciosa que embriagaba mis sentidos. Se mostró tan franca, tan natural, tan graciosa, que mi timidez desapareció completamente.
 » — Pues bien, me dijo al cabo de un momento de silencio que me devolvió un poco mi razon, ¿qué me

aconsejais que haga para quitar toda esperanza á ese jóven sin herirle?
 » — ¿Y porqué quitársela si os ama? exclamé yo haciendo un gran esfuerzo.
 » — Porque yo no le amo.
 » — Eso es otra cosa... Sin embargo, ¿no cambiaríais de sentimientos con respecto á mí si os amara aun despues de haber oido cierta confidencia?
 » — ¡Oh! me he confesado á vos, á vos solo, porque me habeis salvado la vida, pero no quiero sonrojarme delante de otro.
 » — ¿Y si dueño de vuestro secreto ese otro os prometiera sinceramente tanto respeto como amor?
 » — ¡Es un sueño!... No hay un hombre bastante generoso para hacer una promesa semejante, y sobre todo para cumplirla.
 » — ¡Ah! ¡Si no fuera yo tan feo! exclamé involuntariamente.
 » — ¡Tan feo! repitió ella con sorpresa... ¡vos, tan feo!...
 » — Ya lo veis.
 » — ¿Acaso un hombre no es siempre hermoso cuando siente, piensa y obra como vos?
 » — Pero en fin... no querríais casaros conmigo...
 » — ¡Ah!... no os burleis de mí...
 » — No me burlo, hablo seriamente.
 » Y me atreví á tomar sus manos... me atreví — te asustarás — á darla un beso. Ella se arrodilló delante de mí; no pude impedirselo, me cubrió de lágrimas y de besos, y me dijo:
 » — ¡Yo vuestra esposa!... ¡Ah! si eso fuera posible, creeria que Dios y mi padre me han perdonado.
 » — Pues entonces, dentro de ocho dias estamos casados.
 » Carlota se arrojó á mi cuello, y lloró suavemente durante un cuarto de hora.
 » Aquel momento cicatrizó todas las llagas de mi pobre corazon, y duño que jamás nadie haya experimentado una felicidad igual á la mia.
 » ¡Ay! Mi querido Ernesto, los hombres que se matan son bien locos.
 » Estoy casado pues, y tengo un niño que se parece ya á su madre. Figúrate si estaré contento de que se parezca á ella.
 » La tumba de Carlota me ha hecho de este mundo un paraíso, y así es que estoy completamente transformado.
 » Tu amigo Basilio mira hoy á las personas á la cara, y no gasta capote en el verano. Hasta se rie en las barbas de aquellos que se rien al mirarle.
 » Mi mujer, á quien agrado mucho, afirma que si hay personas que pueden decir que soy feo, mi fealdad es al menos original, graciosa y cándida.
 » Sin duda la felicidad nos hace idiotas. Yo creo todo lo que me dice.
 » Vuelve pronto á Francia; me verás y la verás; pero te advierto que perderias el tiempo si te enamorases de ella.
 » ¿Habria yo podido pensar que un dia seria algo fatuo tu amigo

» BASILIO GRELUCHET? »

« P. D. Estoy muerto en cuanto á la biblioteca y al diamante. Aquí te esperan. »
 Basilio no cerró esta carta.
 Pidió comida y comió con el mejor apetito.
 A las diez entró Juan diciendo:
 — ¿Esperais á alguien?
 — Sí por cierto, se me había olvidado decírtelo. Espera á mi mujer y á mi hijo.
 Estas dos palabras tan sencillas de pronunciar, llenaban la boca enorme de Greluchet.
 Juan se precipitó por la escalera, y volvió en seguida acompañando á una mujer jóven y hermosa que traía en sus brazos un hermoso niño de quince meses, graciosamente vestido.
 Juan se retiró, y Carlota besó á su marido diciéndole:
 — Buenas noches de parte de la tia.
 Greluchet tomó al niño en sus brazos, y mostró á Carlota la carta que acababa de escribir.
 — Lee y sabrás muchas cosas que no me he atrevido á confesarte todavía. Ahora que estoy tan seguro de tu amor como de la misericordia de Dios, quiero que todo lo sepas.
 Despues de haber leído Carlota con los ojos inundados de lágrimas, se arrojó al cuello de su marido, y le estrechó contra su pecho diciendo:
 — ¡Con tal de que vivamos muchos años!...
 Juan recibió una gratificacion crecida, porque era la última.

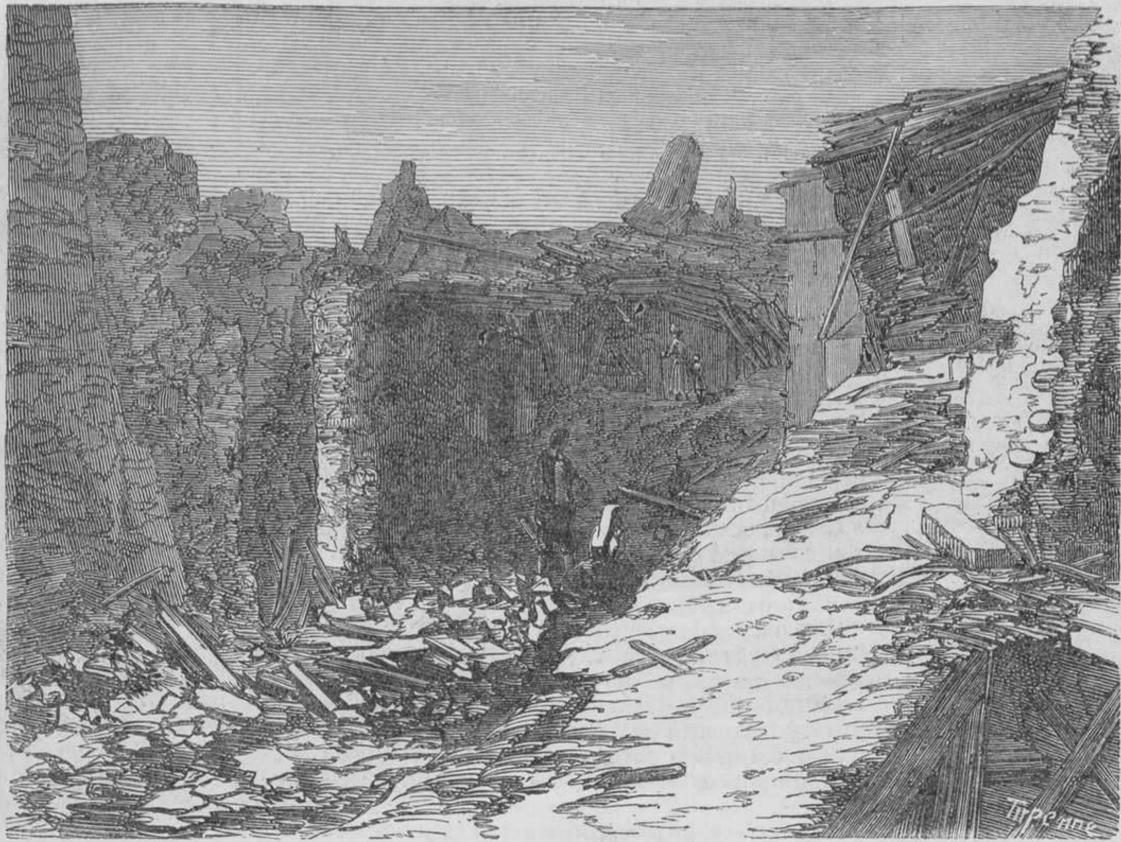
G. D.

Los terremotos de Nápoles.

Con fecha 29 de diciembre de 1857 escriben de Nápoles la correspondencia que trasladamos á continuacion, la cual explica los dibujos remitidos de la misma ciudad en pruebas fotográficas y que tambien publicamos. Dice así:
 Las catástrofes comenzaron el 16 de diciembre á las diez de la noche. Nápoles se iba á dormir tranquilamente gracias á la novena de Navidad que tenía los tea-

tros cerrados y prohibía las reuniones alegres, cuando de súbito la ciudad osciló de tal manera que cada napolitano y sobre todo napolitana á punto de conciliar el sueño, creyó tener un ladrón bajo la cama. Pero dos minutos despues, cuando apenas habia habido tiempo suficiente para encender una luz y echarse encima un vestido, el movimiento subterráneo prosiguió con tal violencia y duró tanto (veinticinco segundos que es lo suficiente para que se tema el fin del mundo), que toda la gente, grandes y pequeños, señoras de la nobleza, muchachas del pueblo, lazzaroni, condes y marqueses, etc., etc., gritando y corriendo, hasta en camisa y en una confusion indescriptible, se precipitaron en las calles, se amontonaron sobre las plazas, y en ellas pasaron la noche.

Los que ruedan coche, como se dice aquí, pidieron sus carruajes que fueron traídos y alineados por hombres en la plaza del Castillo y delante del palacio del rey. Todos estos vehículos sin caballos formaban un es-



Terremotos en el reino de Nápoles. — Entrada del pueblo de Pertosa.

pectáculo muy singular; al mismo tiempo el pueblo encendia grandes hogueras de distancia en distancia formando cerro en su derredor, temblando de frio y de miedo, invocando á santa Ana que salvó á Nápoles de una catástrofe por el estilo hace cincuenta años, y hablando de Melfi, destruida en 1832 por temblores algo menos fuertés.

Toda la ciudad estaba en pié y habia en la poblacion una verdadera emulacion de espanto. El terror (y no exageramos al hablar así) se habia convertido en virtud; los que no temblaban pasaban por cobardes; los que se iban á sus camas eran despreciados por su atrevimiento insolente, pues les acusaban de desafiar la cólera celeste.

En la noche siguiente se repitió el mismo espectáculo. Se esperaba un nuevo sacudimiento, pero no sobrevino, y los alarmistas se retiraron á sus casas al amanecer un poco incomodados y temblando aun.

Nápoles no se tranquilizó en seguida: cada noche otra alerta. Las mujeres aseguran que la tierra no ha cesado de oscilar



Vistas sacadas en el centro de Pertosa.

durante una semana. A decir verdad hubo otros dos movimientos pequeños que sentimos todos, el 19 á las seis de la tarde y el 22 á la una, pero tan ligeros ambos, que en tiempos ordinarios no se habrian advertido.

Sin embargo, la lluvia implorada con rogativas públicas, cayó á torrentes sobre la ciudad tranquilizada. Se atribuía el temblor de tierra al viento del Norte, cuyo soplo seco y fresco nos habia dado un magnífico mes de diciembre. Por eso la poblacion, mas sosegada, levantó al cielo con un júbilo extraordinario sus paraguas abiertos.

Por fin, el otro dia el patron de Nápoles san Genaro operó su milagro, la sangre coagulada del mártir vino á liquidarse de repente en la mano del sacerdote que tenia la redomita consagrada. Desde entonces cada cual volvió á sus negocios, y salvo algunas conmociones cerebrales y muchas fluxiones de pecho producidas por las noches pasadas al aire libre, muchas paredes abiertas, aunque algunas, si no todas, lo estaban ya antes del terremoto, y un aumento de su-



Taberna de Pertosa en el camino de Polla.

persticion en las mujeres y en la gente menuda, Nápoles no ha tenido que dplorar, gracias á Dios, ningun desastre serio.

Por desgracia no ha sucedido así en las provincias. Todo el pais entre Paestum y el golfo de Tarento, sobre las excrecencias de los Apeninos; — todo el territorio de Salerno á Tarento y de la Capitanata hasta las Calabrias ha sufrido horriblemente por los terremotos. Dícese que se han sentido á lo largo de los Apeninos y hasta Brescia, pero lo dudo.

Sea como quiera, el litoral ha quedado salvo, y Nápoles es el último punto subiendo al Norte donde ha temblado la tierra en aquella noche terrible. En Gaeta, residencia actual del rey, no ha ocurrido nada.

El sitio mas destruido ha sido Polla en el principado citerior. Polla es un pueblo de unos 6,000 habitantes que se handió al primer sacudimiento ondulatorio. Dos mil muertos quedaron entre sus ruinas, y en el dia no es otra cosa que un monton de escombros.

Un fotógrafo muy hábil, M Bernoud, de Ginebra, agregado



Grietas en el camino de Polla y peñon caido sobre el camino.



Primeras casas á la entrada de Polla, por el lado de Salerno.

á las c6rtes de Cerdeña y de Nápoles, y que alcanzó una medalla en la Exposicion de 1855, se trasportó inmediatamente al punto destruido. Ayer volvió con varias pruebas fotogrâficas sacadas de prisa, entre las cuales elijo y mando adjuntas las que me han parecido mas características. — A estas seguirán otras próximamente.

En la Basilicata ha producido tambien muchos desastres el terremoto. Se anunció con rumores subterráneos que, gracias á Dios, advirtieron á la poblacion, que pudo salir á tiempo á las plazas públicas y luego al campo; comparativamente hubo aqui menos victimas.

Se han contado hasta quince sacudimientos; los dos primeros, que fueron los mas terribles, han ofrecido todos los horrores de los grandes desastres de Lisboa y de la Guadalupe. Oscilaciones que arrojaban por los aires los muebles ligeros y sacaban de sus sitios los mas pesados, palpitations continuas, convulsiones de la tierra en delirio que hacian se chocaran las paredes de las casas en movimiento, golfos abiertos en las



Ruinas del palacio del duque, en Polla.

plazas y en las habitaciones, cuestras levantadas en peso, allí donde la tierra estaba llana incendios, como en Vigiano y en Laurenzano, que sin duda ocurrían por accidente, pero declarándose de súbito con espanto de las poblaciones, como si fuera un fuego del cielo que caía sobre las ciudades malditas, hundimientos instantáneos que mataban hombres á centenares.

Los desastres son inmensos; muchos pueblos están aniquilados. Dícese que Portosa, Atena, Anletta, Calvello, Vigiano, Saponara, Sarconi, Castelsaraceno no tienen ya una casa en pié. En las cercanías de Sapri y de Padula ensangrentadas ya este año por la malhadada insurreccion del coronel Pisacane, los pueblos y aldeas están medio destruidos. En mas de un lugar se cuentan los muertos por centenares, y la mayor parte de ellos no están desenterrados todavia.

Potenza, ciudad importante de 12,000 almas, cabeza de partido de la Basilicata, está deruida. Toda su poblacion huyó al campo. en lo que hizo muy bien, pues los sacudimientos del



Parte meridional de Polla.



Campamento de los habitantes de Polla.

dia siguiente echaron á tierra los edificios. El alcalde del pueblo, señor Rosica, prodigó los primeros socorros á las víctimas.

El *Diario oficial* elogia mucho el celo de la administración en tan tristes ocurrencias; pero otros acusan, por el contrario, de incuria y de cobardía á las autoridades municipales de los pueblos devastados. No se sabe á quién creer. Sea como quiera, si el rey no se ha transportado personalmente en medio de las ruinas, como lo hizo en Melfi, al menos ha dado órdenes inmediatamente para reparar el mal; ha puesto la leña de sus bosques, el dinero de su erario y las tiendas de sus soldados á la disposición de los infelices que sorprendidos por la catástrofe, cuando estaban acostados desnudos en sus chozas como es costumbre, hubieron de correr como estaban con un frío terrible á Nápoles espantados, llorando sus muertos y pereciendo de hambre.

En las dos primeras noches hubo seguramente cien mil personas en la calle sin vestidos, y á pesar de todo el celo de la administración, parece ser que el tercer día centenares de pobres no se habian llevado aun un pedazo de pan á la boca.

Ahora llegan las tiendas, las limosnas se organizan, las barracas se alzan, se limpian los escombros, se van calmando los terrores, y están restablecidos ya los tribunales de Potenza. No se conoce el número de muertos ni el de los muchos desgraciados que ricos ayer están hoy sin pan y sin asilo; pero he aquí un hecho consolador que traduzco literalmente del *Diario oficial* (número de ayer):

«En la cárcel central de Foggia todos los detenidos, hombres y mujeres, encendieron iluminaciones espontáneas ante las imágenes sagradas del Redentor y de la Santísima Virgen; se pusieron de rodillas á recitar el santo rosario é implorar el socorro divino, y con una devoción resignada pidieron el santo sacramento de la Penitencia.»

M. M.

LA LLAVE DE ORO

POR M. OCTAVIO FEUILLET.

(Conclusion.)

Pero puedes estar seguro de que la amo. No encuentro en mi pasado ningún vestigio real de lo que experimento.

No obstante, reconozco algunas impresiones de mi primera juventud; — y esto consiste en que la primera mirada que echamos á la vida y al mundo antes de haber atravesado sus umbrales, no es la menos perspicaz, digan lo que quieran; esa mirada no está turbada aun por el revuelto torbellino que levantan las pasiones humanas. A esa edad nuestras nociones sobre los principales objetos de la vida son mas exageradas que falsas; la experiencia que debería ir las aclarando en la verdad, las extravía con frecuencia; no se limita á quitarlas la parte de ilusión, sino que altera su sinceridad instintiva; en vez de rectificar lisa y llanamente su forma entusiasta, ataca el fondo y corrompe su creencia.

Sí, cuando salimos de los brazos de nuestra madre ó de las ardientes expansiones de una amistad adolescente, distinguimos con claridad, aunque bajo un aspecto muy brillante, las grandes líneas del destino que nos espera. Nuestra vista, recta y pura todavía, señala á los diferentes elementos que componen la vida del hombre, su puesto, su empleo, su orden natural y legítimo; menos error hay en las ilusiones de una criatura que en la experiencia entorpecida de un hombre crecido.

¿Qué otra cosa me sucede hoy á mí sino aquello que nuestra imaginación evocaba en comun hace diez años en el seno entreabierto de nuestro porvenir? ¿No habíamos adivinado secretamente todo lo que el amor y la presencia de una mujer, todo lo que la fuerza y la ternura de un amigo pueden suavizar el sentimiento viril de los deberes de la vida noblemente aceptados?

Debes hacerme la justicia de que yo había comprendido todo esto lo mismo que tú..., y si después los hombres me enseñaron á maldecir el nombre de amigo, si las mujeres me han arrancado del corazón el respeto á su sexo, ¿es culpa mía? ¿No es que he tomado yo la excepción por la regla? Lo primero que he visto ha sido malo, ahí está el secreto.

No paso de un exceso á otro, amigo Jorge; al penetrar mas allá de esa capa que fermenta en la superficie de la vida, sé que no se encuentra una mina de oro virgen. Los hombres como tú, las mujeres como Susana, escasean aun en las regiones del mundo positivo. Sin embargo, si el vicio se muestra aquí demasiado á menudo, no se mira todavía con indiferencia; siempre se le obliga á rendir á la virtud el homenaje de la hipocresía. Los juicios, la opinión, las consideraciones no han cesado de estar en las reglas de la conciencia íntima y de la moral eterna. En medio de estos principios y á la sombra de tan sanas tradiciones se elevan con rectitud la mayor parte de las jóvenes existencias que deben un día reunirse con las nuestras. La madre mas extraviada, quizá con doble ahínco que las otras, quiere llevar una hija virtuosa al tálamo nupcial.

Ba o este concepto, ¿no parece que todas las mujeres, exceptuando los monstruos, deben llevar al hogar doméstico un sentimiento sencillo y verdadero de la vida y del papel que en ella les corresponde? ¿No somos nosotros casi siempre, — por el contacto de nuestra expe-

riencia, por las ligerezas de nuestro lenguaje, y aun á veces por nuestras necedades retrospectivas, — los que degradamos y minamos poco á poco el edificio delicado de la madre de familia? ¿No somos nosotros los que sustituimos en esos espíritus dóciles el desorden y la confusión de ideas á la disciplina feliz y serena de los principios maternos? Por último, ¿no somos nosotros los que destruimos por nuestras propias manos los diques protectores que contenian las pasiones de esas almas vírgenes en los límites del deber y de la verdad?

Y no obstante, Jorge, no puedo creer que haya en el mundo otra como ella... otra que siga su camino con paso á la vez tan firme y tan gracioso, tan atrevido y tan modesto. Con un encanto natural de sencillez y de elegancia realiza los detalles mas comunes, las tareas mas vulgares de su vida cotidiana; al verla entregada á los ritos familiares de sus tareas domésticas, se diría que la vida es una dulce religión cuya preciosa sacerdotisa es ella.

¿Cuán poderosa es la coquetería de la virtud! No se pueden expresar con palabras las seducciones exquisitas de que impregna un corazón casto todo cuanto le rodea, todo cuanto le toca, y hasta los últimos pliegues de tela que experimentan el reflejo mas lejano de sus pulsaciones.

Por punto general sabemos mas y mejor que las mujeres; ¿quién de nosotros encontrando al mismo tiempo en algún lugar público dos mujeres igualmente bellas, igualmente adornadas, pero que no merecen un respeto igual, no ha medido por la diferencia de sus impresiones y de sus sueños, la distancia de la tierra al cielo?

Es preciso fomentar la virtud, amigo mío; es la única cosa en efecto que no se ha fomentado en nuestra época.

No es menos cierto que Susana me quiere un poco, sobre todo por las humillaciones que me impone. Pero ¿soy yo acaso un estudiante que deba ponerse á suspirar bajo su balcon?... No puedes creer esto, amigo mío; ¡la injuria sería mortal! Por lo que toca al guante blanco que está sobre mi mesa delante de mis ojos, su historia no puede ser mas sencilla.

No es raro seguramente que en un día de verano se visite un cementerio de aldea, descifrando aquí y allá inscripciones bajo el musgo y oyendo zumbir los insectos bajo la yerba; pero no es tan frecuente encontrar sobre el césped de una tumba un guante de baile perfumado aun; y cuando se encuentra, ¿no es natural conservarle como una curiosidad singular?

Yo reuno reliquias, amigo mío; me abandono á todas las niñerías del amor juvenil..., y casi es este mi único alimento, pues para colmo de mortificación he perdido el apetito. ¿Qué mas te diré?... La espía, la busco y la huyo... Si no me contuviera compendria versos... y todo esto porque no se conoce mas que un modo de estar enamorado, y este modo es el bueno.

Pero ¿qué me importa si soy feliz, si me siento mejor, si mi corazón se eleva y se ensancha para daros á entrambos un puesto digno de vosotros?... Susana encanta á mis ojos la creación entera, me la revela... me la hace comprender... me la hace bendecir... soy su discípulo secreto y ferviente... A sus pies aprendo de nuevo la lengua olvidada del libro de la vida, tal como Dios la ha grabado... ella hace que resalten en mi conciencia sus caracteres borrados... ella me pone otra vez en la verdad divina...

Cuando el roce de su vestido me viene á turbar hasta el fondo del corazón, cuando mis labios aspiran á todo lo que toca su mano, me parece que la ultrajo y que soy un sacrilego. La adoro... ¿qué quieres? no te lo oculto.

A ti también te adoro, amigo mío.

VIII.

8 de octubre.

Habría deseado pedirte un consejo antes de realizar la empresa desesperada que medito; pero gracias á las tardanzas y negligencias del correo rural, tendría que esperar tres días la contestación, y me faltaría la paciencia.

Quiero decir á Susana que la amo, quiero declararme franca y abiertamente.

¿Es oportuno y hábil? — No lo sé; lo que sé perfectamente es que no puedo soportar mas tiempo el secreto terror que se ha deslizado en el seno de mi pasión.

Porque ¿quién me ha dicho nunca que me amaba sino mi imbécil fatuidad?

A veces su serenidad me espanta; en otros momentos me parece que no es la misma, que su mirada interroga furtivamente mi rostro, que es mas tierna — ó menos pura, que me ama en fin, — ó que es culpable.

Tales dudas son horribles; quiero decirse todo, y quiero saberlo todo sin tardanza.

Tiene un lugar de paseo favorito: — es una sala de árboles sombría y perfumada como un templo una noche de fiesta. En medio se encuentra un banco semicircular, donde establece durante el calor del día su taller de beneficencia. La vi hace una hora dirigirse hacia ese sitio. Bajo ese sol risueño, en medio de sus flores, de su verdura y de todo lo que la agrada, debe estar bien dispuesta... ¿no es verdad?

Pero ¿cómo la hablaré debidamente? Jorge, nunca he sentido una emoción tan profunda, tan suave, — ni tan cruel. Te digo que mi vida está pendiente de su contestación... Vamos; ¡ojala vuestras divinidades, que son ya las mías, me protejan y me inspiren!

A las cuatro.

¿Dónde estás, Jorge?... ¿dónde está tu mano?... Todo me falta... la tierra bajo mis pies, — la luz á mis ojos. Todo está perdido... no me queda nada, nada, mas que el desierto y el caos.

Pero hay que ser hombre, amigo mío, y lo seré. No me falta el valor, sino la presencia de ánimo, el orden en las ideas... no veo ya nada... no sé ya nada...

Quizá al contarte este postrer episodio de mi vida recobraré un poco de calma.

Habia tomado para llegar adonde estaba ella varios senderos, de modo que pude distinguirla á lo lejos en el banco de que te he hablado, aun antes de que presumiera que me acercaba.

Tenia en la mano una carta ó un billete; yo continuaba andando cuando noté que se llevaba repetidas veces el papel á la boca, y le besaba en tanto que sus ojos vertían lágrimas abundantes.

Me detuve cortado: un torbellino, un vértigo, una tempestad pasó por mi cerebro. Todo estaba concluido; sí, aquel instante me puso al corriente de todo. Los nombres, los hechos precisos que después vinieron á mi conocimiento, nada pudieron añadir á esa primera impresión, rápida, lúcida y terrible como el rayo.

Allí me quedé petrificado mirando á Susana, aunque ya no la veía, pues oscurecía mi vista un vapor fúnebre. Desde aquel instante estoy como poseído de una sensación singular que tiene todo el carácter de un mal físico; me parece que mi vista se ha oscurecido; todos los objetos, hasta el mismo cielo, me parecen sombríos y como despojados de toda su brillantez y todos sus colores.

Sin embargo, cuando distinguí que habia doblado y guardado aquel papel, me dirigí hacia ella con paso bastante firme; estaba mas aturdido que agitado; solo con la reflexión adquieren la plenitud de su intensidad tan grandes dolores.

No habia formado ninguna resolución; marchaba á encontrar el hierro con el loco estupor de un animal herido mortalmente.

Susana no tiene aun todas las virtudes de su sexo; su turbación al verme, las señales de sus lágrimas ardientes todavía, el temblor de su voz me ofrecían un pretexto fácil para una explicación directa y decisiva.

Pero esa flaqueza comun el retroceder ante la certidumbre inmediata de una desgracia inevitable.

Aparenté que nada habia visto, y principié á extasiarme hablando del tiempo y de las flores.

Susana recobró su sangre fria; pero ni una palabra de su carta. Antes de dejarla quise agotar todas las suposiciones que podían ocultar un resto de esperanza por mi parte.

— Me parece, la dije, que no hemos recibido noticias de vuestro abuelo hace ya mucho tiempo..... ¿Está malo?

— No, á Dios gracias, me contestó; Leopoldo le vió antes de ayer, y dice que le ha encontrado mas alegre que nunca.

— ¡Bravo!... ¡Ah! bien sabia yo que tenia alguna cosa que decirnos... Siempre se me pasó preguntaros si no habiais dejado en Orleans ó en Paris alguna amiga querida, cuya presencia pueda seros grata; si así es, la podríais convidar á venir algunas semanas con nosotros.

— Mil gracias, me respondió mirándome con algo de sorpresa, pero no tengo otras amigas que las que conocéis.

En seguida me despedí, y cuando me marchaba hacia el palacio, un ruido de pasos al otro extremo de la calle de árboles me hizo volver la cabeza. Reconocí á Julio Bailly, y me detuve. El se quedó un poco sorprendido. Susana se habia levantado, y estaba inmóvil entre nosotros dos, pálida y muda como la estatua del Espanto.

Julio Bailly llegaba por la entrada secreta del parque que yo mismo le habia indicado; era lo menos que debía hacer con un hombre que lleva su delicadeza hasta el punto de anunciar sus visitas por escrito á fin de estar mas seguro de no incomodar á nadie.

Casi siempre me hallo fuera de casa á tales horas. — Jorge, la sangre se me enciende cuando pienso en la opinión que aquel miserable se debió formar de mí al verme continuar bruscamente mi camino cediéndole la plaza.

Pero ¿qué me importa? No puedo creer que las circunstancias extrañas de mi enlace con Susana no me impongan aquí sino el deber trivial de cualquier otro marido engañado y ridiculo. Quiero recogerme y pensar si no existe en una región superior á todas las preocupaciones algun refugio menos vulgar para mi honra... El que diera á ese rasgo de paciencia otra interpretación, se engañaría estúpidamente.

Al acercarme al palacio oí risas en el vestíbulo: era Vicente que disputaba con Juana. Su altercado parecia ser vivo. Pronunciaron el nombre de Julio Bailly, pero al distinguirme se callaron.

Un instante después no sé por qué entró Vicente en mi aposento, y le reconvine duramente por su falta de concordia con la criada. Quiso justificarse, y en la efusión de su mal humor, y sin ninguna pregunta por mi parte, me reveló todo lo sucedido, — todo, desde su primer encuentro en la iglesia hace dos meses, hasta sus citas diarias en la alameda donde el acaso me ha hecho sorprendierlos hoy. Esa bruja abominable les sirve de mediadora; ella recibe y trasmite las cartas por conducto de un agente desconocido.

Hace tres semanas uno de esos billetes llegó imprudentemente por el correo; Vicente me le traía con mi

correspondencia; pero Juana, siempre al acecho, le detuvo, y como él se obstinase, nada más que por el odio que la tiene, en no soltar aquel mensaje, ella le pagó diez luises porque se le diera.

El conde Federico de A... había trazado hace algún tiempo en una página de album el retrato de Susana. Vicente le halló al pie del cercado que Julio Bailly salta muchas veces por día para entrar en el parque. Me le entregó; estaba en un sobre con las señas de Julio.

No te hablaré de otros incidentes tan claros como estos. Por lo demás, en cuanto la venda cayó de mis ojos, con una mirada pude verlo, clasificarlo y reasumirlo todo. Es lo que sucede siempre. Vicente no podía permanecer una hora más en mi casa; le despedí dándole mi ingratitud con bastante precaución para estar bien seguro de mi silencio.

Ahora, Jorge, ¿qué debo hacer?... Si su amor se ha encerrado hasta ahora, como creo, en los límites del idilio, tanto mejor para su reposo. Por mi parte, no tengo la necedad pueril y baja de medir mi injuria y mi ruina por la materialidad de su falta.

Esto es irreparable. No me queda más que la solicitud suprema del gladiador, — caer con dignidad; — pero te repito que debo hacer serias reflexiones.

Me llaman... Es la voz triunfante de Leopoldo. ¡Dios le bendiga! Come hoy aquí con todos los suyos, y tenemos reunión esta noche. Voy á reunirme con ellos. Es preciso ser hombre. — ¡Pobres cómicos! ¡Cuánta compasión merecen! — Adios.

A las doce de la noche.

¡Que noche! ¡qué siglo! ¡qué combate! — Jorge, nunca me había encontrado de tan buen humor. Un temor me turbaba, que mi risa no se eternizara en mis labios, y no llegara á ser la contracción de la locura.

Susana se engañó; y noté que la inquietud meditativa de su frente se fué disipando poco á poco. Muy pronto se figuró que se había alarmado aturdidamente, y que la escena del parque no había dejado en mi espíritu ninguna huella.

A eso de las diez Julio Bailly entró en la sala. Me parece que si ella me hubiese mirado en aquel instante, no la habría quedado ninguna ilusión; pero solo miraba á Julio.

Felizmente no vino según su costumbre á darme la mano; pues aquí se habría acabado mi paciencia.

Seguendo el uso de los maridos me senté á una mesa de whist, y tenía en frente un espejo en donde podía estudiar todos sus movimientos. Estaba de pie cerca del piano; Susana después de muchas marchas y contramarchas que manifestaban una agitación febril, se detuvo delante de él repentinamente; ella me lanzó una mirada rápida, y luego le dirigió á media voz algunas palabras, tocándole el brazo con la punta de su guante. Era una súplica ó una orden.

Julio se estremeció y dirigió hácia mí sus miradas. Al mismo tiempo, creí notar, bajo la extraña palidez de sus acciones, un sentimiento, — no diré de espanto, sino de indecisión y de rebeldía dolorosa.

Luego se separaron. Julio rodó algunos instantes cerca de la mesa en donde estaba yo, como si buscara ocasión para hablarme. Sin duda ella le había recomendado una actitud más política respecto de mí, pero faltándole probablemente la resolución desapareció al punto de la sala.

A la hora en que te escribo todo el mundo se ha retirado.

Jorge, ¿no admiras la sencillez verdaderamente fatal de mi larga ceguera? Había vivido, había visto el mundo, tenía bien presentes las lecciones que había recibido ó dado... ¿Cómo unos ejemplos tan recientes no debían hacerme sospechoso mi propio afecto á tal hombre?

No ha sido así... mi destino, amigo, ha querido lanzarme en mi papel de marido como un modelo servil de la pura tradición clásica.

El único hombre en efecto de quien debía desconfiar con fundamento, ese vengo á elegir por amigo, á ese le introduzco de la mano en mi hogar, elevándole y poetizándole en el espíritu de Susana... Cuando repasó en mi mente los cuidados ingeniosos que tomé para construir el edificio de mi vergüenza... la risa infernal vuelve á mis labios...

...Estoy herido hondamente, amado Jorge... Una violencia tan horrible ha concluido por reunir en mi corazón una cantidad de ira que me espanta... Temo perder la dirección de mi voluntad... Esa desgraciada no sabe los peligros en que se encuentra... ¡Si pudiera leer un minuto nada más!... Es preciso que salga de aquí... que respire otro aire... En el estado en que estoy un crimen está cometido antes de estar pensado...

La frescura de la noche... la fatiga, me han calmado un poco. He recobrado el imperio de mí mismo. — Jorge, yo soy el único culpable. — La ley de Dios no es imprevisora, tosca y superficial, como nuestra pobre ley escrita. Penetra en la fuente de las infancias; alcanza al desorden moral en lo más recóndito de nuestra alma; oculta en el fondo de nuestras acciones un germen de justicia que se desenvuelve sordamente con una lógica infalible. El día en que pretendí sofocar bajo mis cenizas un corazón palpitante de juventud, encadenar la muerte con la vida, — cometí uno de esos crímenes que no tienen castigo señalado en la imperfección de nuestros códigos humanos, y cuya jurisdicción misteriosa se ha reservado el Dios Omnipotente. — Aquel día sembré la tempestad que hoy me arrebató.

¿Quién sabe las luchas y los dolores que han soporado entrambos antes de abandonarse á la inclinación

de su alma? Te he dicho que se parecía á tí... ¿y acaso no he pensado á menudo que tú habrías sido digno de ella?... Puedes estar en la persuasión de que a tí no te habría engañado.

El menor soplo de pasión debía echar á tierra un árbol sin raíces, y romper los lazos de una convención facticia.

¿Porqué castigarlos? ¿Porqué vengarse?... ¿En qué principio de sana moral, en qué punto de honra podría yo apoyar mi venganza?... ¿No está desmentido y abolido el derecho que me da la letra inmóvil de la ley por la voz más ilustrada de mi conciencia?...

Mi determinación está tomada; partiré, los dejaré solos. Quisiera ocultarles mis huellas eternamente. — Combinaré esto lo mejor que me sea posible. — Sí, quisiera llevarme su remordimiento con el mío.

Conozco que el deber que me impongo aquí es muy superior al valor vulgar que la opinión del vulgo me ordenaría... Pero ¡ay amigo mío! la burla social es lo último que me preocupa.

Jorge, ya sabes que la amaba, que quizá ella me habría elevado á sus propios ojos; pero ¿cómo habría podido creerse capaz de tal milagro?... Siempre ignoraré que en su mano estaba.

Voy á partir; arrastraré hasta lo último del mundo la vida que me queda; sin embargo, el pensamiento ¡cuán fatal me será!... Si Dios me hubiese mostrado tanta bondad como justicia, no habría permitido que sobreviviera al golpe.

Quizá encontrándome en el mismo asilo pacífico donde su madre reposa, iría ella, por una noche semejante á la que no se va de su memoria, y vertería algunas lágrimas de sentimiento sobre una vida que ha conocido mal... sobre un corazón que ha despedazado... ¿Porqué solo un crimen puede abrirme ese refugio... comprarme ese reposo?... ¡Un crimen!... ¿Sería un crimen tan grande el morir á tiempo, después de haber vivido sin razón ninguna?

No pienses en tales locuras; perdónalas... Mañana te diré si la noche me ha dado un consejo... Adios Jorge, adios, amigo mío. — Adios.

EN EL APOSENTO DE RAUL.

Son las doce de la noche. Raul, pálido, con la cabeza descubierta entra en su aposento rápidamente. Deja las puertas abiertas, y lanza algunas miradas hácia la escalera que se distingue en el fondo. Se sienta á su bufete, y escribe con rapidez estas líneas:

«Había debido partir ayer, pero ya no es tiempo. Hé aquí lo que sucede: Hoy hemos estado llenos de visitas; y apenas me he retirado á mi cuarto hace diez minutos, he oído por la ventana entreabierta de mi antesala un ruido de pasos en la arena de mi jardín; me incliné con precaución y ví á Julio atravesando la alameda y guiado por Juana. La noche está tan clara que le habría reconocido aun cuando no le hubiera visto más que una vez. Juana le indicó la puerta de la escalera falsa que conduce al aposento de Susana; él entró, y la vieja se retiró. — Al punto bajé y cerré la puerta; ya no puede salir sin que le vea, sin que le hable. Y voy á presentarme á él; quiero encontrarle cara á cara... me han puesto en el último extremo... ya la paciencia y la generosidad serían absurdas... Esto es superior á las fuerzas de un hombre.

»Te entregarán estos renglones suceda lo que quiera. La llave que encierro en este sobre abre mi bufete. Te suplico ejecutes las instrucciones que encontrarás selladas con mi sello. — Te recomiendo mi memoria, amigo mío.»

(Raul cierra esta carta y escribe las señas de su amigo; luego saca una caja de pistolas y se dirige rápidamente hácia la escalera).

EN EL APOSENTO DE SUSANA.

Raul entra bruscamente; sus ojos se fijan al punto en las cortinas de la ventana del fondo que acaban de correrse. — Susana en pie, con inquietud, muy conmovida, le mira y se inclina saludando.

RAUL.

¿Me esperabais?

SUSANA, cortada.

No... ¿porqué?... ¿qué significa esto?... No teneis la costumbre de faltar de consideraciones con una mujer.

RAUL.

¡Oh! nada temais por vos.

SUSANA.

Nada tengo que temer.

RAUL.

¿De veras?

SUSANA.

Vos me lo asegurais. — Además cuento con una palabra vuestra más solemne y que me tranquiliza.

RAUL.

Os he prometido vuestra libertad... y mi indiferencia... ¿A esa promesa aludís?... ¿Pero estais segura de no haber olvidado las condiciones?

SUSANA.

No lo creo.

RAUL, amargamente.

¡Susana!... lo habeis olvidado todo, hasta vuestra

franqueza; y sin embargo, la franqueza es una virtud muy laudable aun sobre las ruinas de todas las demás.

SUSANA.

¿Qué quereis decir?... ¿qué especie de franqueza exigís?... ¿Debia yo imponeros mis confidencias?... Si me hubierais interrogado, Raul, os juro que me habrías encontrado tan franca como siempre.

RAUL.

Hablais de interrogatorio... Vamos á ver ¿os atreveríais á responderme ahora?

SUSANA.

Sí, Raul.

RAUL.

¿Os atreveríais?... Pues bien, decidme; ¿habeis profundizado el valor de esos sueños, esas ilusiones de que yo no participaba con sentimiento vuestro?... ¿Han sido lo que esperabais aquellas emociones que os agitaban tanto?... ¿Considerais que tienen siempre el mismo valor?...

SUSANA, con voz baja y trémula.

Sí, siempre... Dejadme hablar, Raul... no rehuséis mi franqueza después de haberla provocado... Sí, he recorrido poco á poco el camino de mis sueños, ese camino de juventud por donde no quisisteis guiarme... y en él hallé todas las realidades de los fantasmas que habíais combatido... Sí, me había engañado, era pues, por demasiada confianza en la bondad del cielo... Ni siquiera había presentado toda la embriaguez que puede haber en una lágrima... Sí, he conocido las angustias mortales, y las esperanzas infinitas y los cortos instantes que dejan en pos de sí tan largos recuerdos... ¡He amado al fin... he sido amada... he bendecido á Dios!...

RAUL.

Os he oído... Vuestra excusa está en el extravío de vuestro espíritu y de vuestro lenguaje... basta. Teneis en fin la novela que buscábais... os satisface... muy bien. — Pero decidme, ¿habeis previsto su desenlace?

SUSANA.

No... no... sé... (Saca de su seno la llavecita de oro y la presenta á Raul vacilando. Raul hace un ademán de estupor, y clava sus ojos en los de la joven, que añade sonriendo: ¿Dudais?... La novela... está escrita... ¿Quereis leerla otra vez?...

(Le enseña un legajito de cartas abiertas sobre la mesa)

RAUL.

¿Qué es eso? ¿Mis cartas?... (Las toma convulsivamente). Mis cartas á Jorge!... Pero ¿qué hay pues?... ¡En nombre del cielo, explicaois!

SUSANA.

Aquel á quien las dirigíais me las mandaba. ¿Hizo mal, Raul? Os ha vendido, es verdad... pero me ha hecho muy dichosa... Yo escribía la respuesta á cada una de esas cartas, prometiéndome que un día... quizá... ¡ahí están también!...

RAUL, oyendo á Susana, como sin comprender lo que dice. Está agitado y trémulo. De repente corre á las cortinas.

Pero en fin lo que han visto mis ojos... el traidor...

JORGE, levantando las cortinas y saliendo.

¡Es un amigo!...

RAUL.

¿Eres tú?... ¡Dios mío!... ¡Bondad divina!... ¡Es Jorge!... (Le toma las manos con pasión).

JORGE, sonriendo.

Sí, soy yo, serénate... Tu última carta me dió mucho miedo, y he querido venir en persona... Me has tomado por Julio Bailly, ¿no es verdad?... Dos palabras sobre él: Raul... no (á Susana): repetidle las palabras misteriosas que dijisteis anoche á Julio en vuestro salón... eso es bastante.

SUSANA, con presteza.

Le dije: Caballero, en tanto que yo sola he visto vuestra locura, deplorándola hondamente, me resigné; pero hoy que viene á turbar un reposo más precioso que el mío, os suplico seriamente que os retiréis... Raul, por piedad habládme, decidme que me creéis... (Raul está de codos sobre la chimenea, con el rostro hácia el espejo, pero oculto en sus manos. No responde. Susana continúa á media voz con un tono doloroso y dirigiéndose á Jorge): Amigo mío, no me perdonará nunca... le he ofendido demasiado... me aborrecerá...

JORGE. (Se acerca á Raul y se inclina como para hablarle. De repente le separa las manos, y obligándole á que vuelva hácia Susana su rostro inundado de lágrimas, dice):

¡Vuélvete; quiero que ella te vea así!...

SUSANA.

¡Me ama!...

RAUL, estrechándola sobre su pecho.

¡Angel!

FIN DE LA LLAVE DE ORO.

Rachel.

SU MUERTE. — SUS FUNERALES. — APUNTES BIOGRÁFICOS.

«La ilustre trágica que la Francia acaba de perder, y cuya muerte prematura hemos anunciado en nuestro último número, falleció el día 3 de enero á las once y

media de la noche en Cannet, departamento del Var. Asistía en sus últimos momentos una de sus hermanas y dos médicos; Mlle Rachel exhaló su postrer aliento después de terribles sufrimientos y á presencia de dos comisionados por el presidente del consistorio israelita de Niza, los cuales en estos últimos momentos hicieron todas las ceremonias del culto hebraico. La célebre trágica ha muerto en la religion de sus padres.

Se dice que por una triste coincidencia casi al mismo tiempo en que espiraba la que hubiera debido recibirlos, llegaban á Cannet magníficos aguinaldos correspondientes á primero de año.

En la noche del 4 de enero el cadáver fué embalsamado, y se retuvo un coche de las Mensagerías para trasportarlo á Paris. Tuvieron lugar algunos obsequios fúnebres en la estación del camino de hierro de Marsella, donde se habian depositado los restos mortales; y luego algunos correligionarios quisieron llevar el féretro hasta el tren especial que debía trasportarlo á la capital. El gran rabino y el primer ministro celebrante, los individuos del consistorio de la circunscripción de Marsella y los administradores del templo de la sociedad de beneficencia israelita, y algunos parientes y amigos íntimos asistieron á esta ceremonia. Cuando el tren se detuvo en Lion, los artistas del teatro fueron á saludar los inanimados restos de la ilustre trágica que llegaron á Paris el viérnes. El lúnes se efectuaron las honras fúnebres.

Desde las diez de la mañana se apiñaba un inmenso gentío en la Plaza Real junto á la casa en que estaba depositado el cadáver.

En breve fué tal la afluencia de gente, que fué preciso cerrar las puertas de la casa y tomar algunas prevenciones para conservar el orden. La entrada de la casa estaba cubierta de paños negros con las iniciales de la difunta.

Al mediodía la Plaza Real y las calles contiguas, los bulevares y la plaza de la Bastilla estaban cuajados de gente que esperaba el fúnebre cortejo y deseaba prestar el último tributo al talento de la reina trágica.

En la sala mortuoria el gran rabino hizo todas las ceremonias del culto israelita.

Por último empezó á marchar la comitiva, precediéndole una seccion de municipales y un piquete de caballería de la guardia de Paris que abrian paso. El coche fúnebre, ricamente adornado, era tirado por seis caballos cubiertos con caparzones negros y conducidos por lacayos. Sostenian las cintas: á la derecha M. Empis, director de la Comedia Francesa, á la izquierda M. Alejandro Dumas, padre, y detrás el baron Taylor, presidente de las asociaciones artísticas reunidas, y M. Geoffroy, socio del Teatro Francés.

Presidía el duelo M. Rafael Félix, hermano de Mlle Rachel, quien habia ido tres dias antes á recibir en Lion los restos mortales de su hermana; acompañábanle M. Félix, padre, y uno de los hijos de la difunta. Después de ellos seguian los socios, artistas, pensionistas y empleados de la Comedia Francesa, muchos literatos, artistas, comisiones de todos los teatros de Paris, un gran número de correligionarios, etc., etc., y por último catorce coches de respeto y una larga fila de coches particulares.

La comitiva se dirigió al cementerio del Este por la Plaza Real, la calle de Pas-de-la-Mule, el boulevard, la plaza de la Bastilla y la calle de la Roquette. La multitud se descubria al pasar el coche fúnebre. El panteon de la familia, en que fué depositado algunos años há el cadáver de Mlle Rebeca Félix, está en el cementerio del P. Lachaise, seccion ó departamento de israelitas, cerca del monumento de Eloisa y Abelardo. Mlle Rachel en sus últimos tiempos, conociendo que se aproximaba su muerte habia manifestado en distintas ocasiones el deseo de descansar al lado de su hermana.

El gran rabino asistido de los principales individuos y rabino del consistorio central y de la sinagoga consisto-

rial de Paris rezó en el cementerio las oraciones acostumbradas. Junto á la tumba de la ilustre difunta pronunció un discurso M. Julio Janin en nombre de la

nian á oirla y á socorrerla, y nadie recuerda la pobre niña de negros ojos que tendia la mano recitando versos y cantando; su voz era vibrante, su acento nervioso, sus ademanes sobrios: en la época de las metamorfosis se le habria podido tomar por una diosa disfrazada de gitana.

El maestro de música Choron fué el primero que reconoció su talento, que desarrollaron y fortificaron por su mediacion M. Saint-Aulaire y M. Samson, el decano de los actores del Teatro Francés, que existe todavía. Se estrenó en el teatro del Gimnasio con un papel que no era de su cuerda, en la *Vendéenne*, pero al cabo salió al Teatro Francés donde debía alcanzar sus triunfos teatrales. Un testigo ocular cuenta de este modo su salida á las tablas:

«Era el 12 de junio de 1838, y á pesar del calor entré á eso de las ocho en el teatro, donde podria haber media docena de espectadores. Al punto me llamó la atencion en la escena una fisonomia extraña, expresiva, de frente abultada, de ojos negros ocultos bajo la órbita llena de fuego. Y á todo esto acompañaba un cuerpo delgado, pero de cierta elegancia en las actitudes y en los movimientos. Una voz simpática del timbre mas claro y armonioso acabó de cautivar-me. Era Rachel que se estrenaba en el papel de Camila en *Horacio*. Su aspecto me sorprendió; su talento me hizo apasionado suyo inmediatamente, y me dije que ella seria la gloria y la fortuna del Teatro Francés.»

J. Janin publicó sobre ella un artículo en el *Journal des Débats* revelando á la Francia todo el porvenir de esta mujer célebre. La boga fué extraordinaria; en el mes de octubre Rachel habia hecho ganar al teatro mas de cien mil francos.

Entre tanto su repertorio se ensanchaba. Habia desempeñado ya los papeles de Camila en los *Horaces*, Emilia en *Cinna*, Hermiona en *Andromaque*, Aménaida en *Tancrède*, Eri-fila en *Iphigenie en Aulide*, y Monima en *Mithridate*. Por último la Rocana de *Bajazet* colmó la medida de sus triunfos.

Rachel estaba victoriosa sobre toda la línea; cada noche la caia una lluvia de coronas y de ramilletes; el invierno de 1838 á 1839 fué para ella una ovacion perpetua. La alta sociedad de Paris la llenaba de caricias y de atenciones; se la disputaban en las tertulias mas á la moda, y las señoras de los ministros la honraban con su intimidad.

Algunas tentativas de conversion tuvieron lugar en aquel tiempo: el bautismo de Rachel en la catedral era una ceremonia que todos deseaban. Hermiona oyó las predicaciones y los consejos sin el menor deseo de hacerse cristiana. Bajo la inspiracion de sus ilustres amigos estudió el papel de Paulina en *Polyeucte*, y pronunció el Yo CREO con un acento que daba las mejores esperanzas; pero desgraciadamente este asunto de la conversion que no se olvidó ni aun en los momentos de su muerte, no adelantó jamás un paso.

Entre tanto sus conquistas sobre la caja del Teatro Francés se habian sucedido rápidamente y siempre con gran éxito. Ajustada por cuatro mil francos anuales, bien pronto pidió el doble, y de aumento en aumento llegó á tener veinte mil francos en 1840; añadiendo ahora las gratificaciones tomaba cerca de sesenta mil francos anuales.

Además hizo entrar á toda su familia en el teatro. Sarah, Rebecca, Raphael y Dinah trabajaban con poco éxito, pero con buen sueldo. Después llegó la cuestion de las licencias, tiempo que Rachel aprovechaba para recorrer los departamentos dando representaciones á escape. En suma, en los últimos años Rachel ganaba de trescientos cincuenta mil á cuatrocientos mil francos anuales.

Esta sed del oro que la hacia trabajar en los meses que habria debido consagrar á un reposo necesario, apresuró sin duda la hora de su muerte. Ha dejado á sus hijos una fortuna de dos millones de francos, pero ha fallecido á una edad en que podia prometerse aun largos años de triunfo.

No entraremos á enumerar sus creaciones; ya en un artículo del número anterior (véase la *Revista de Paris*)



Rachel en *Catherine II*, tragedia en 5 actos, de M. Romand.

prensa, y M. Bataille en nombre de la sociedad de actores dramáticos. A las tres se retiraba la multitud vivamente impresionada.

Hé aquí ahora algunos apuntes biográficos:

Los principios de Rachel son conocidos ya de nuestros



Rachel Félix

Rachel Félix, copia de un medallion de M. A. Salomon.

lectores. Vino al mundo en 1820, siendo hija de Esther Haya, mujer de un buhonero judío llamado Félix, y recibió los nombres de Elisabeth Rachel. Pasó su infancia en Lion y en Paris, sin otra compañera que la miseria. Hasta la edad de quince años su vida solo puede considerarse como un campo de espinas sin ninguna flor. Paris fué bien duro para ella en aquel tiempo; pocos se dete-



Rachel Félix, retrato copiado de la estatua de M. Barre.

señalamos las obras principales del repertorio antiguo y moderno en que se ha distinguido, y hoy nos contentaremos con añadir al catálogo el papel de protagonista en la *Catherine II*, tragedia en cinco actos de M. H. Romand, obra de bastante mérito literario, de la cual damos una escena dibujada que acompaña á los retratos de la eminente trágica.

Sobre su talento debemos á nuestros lectores una apreciación detenida. — A Rachel debía sucederle lo que sucede en todo tiempo á las grandes reputaciones improvisadas: el cansancio sucedió á la boga. Quisieron oponerle rivales en el presente, pero hubo que renunciar después de algunas tentativas ridículas, y entonces apelaron al pasado por medio de las comparaciones y de los recuerdos.

Los abonados del Teatro Francés decían que Rachel no tenía ni la hermosura de Georges, ni la sensibilidad de Duchesnois, ni los pulmones de Rancourt, ni el arte de Clairon, ni los arranques de Dumesnil, ni el encanto de Gaussin, ni el genio de Lecouvreur, ni el alma de la Champmeslé.

Se habían agotado las comparaciones cuando afortunadamente para esos buscadores de recuerdos sobrevino la Ristori con media docena de tragedias en italiano. La artista francesa, sea que sintiera los primeros ataques del mal que ha causado su muerte, sea que no tuviera empeño en luchar bajo condiciones desfavorables, lo cierto es que se despidió del público de París con bastante frialdad por parte de este.

Hoy que está en la sepultura la misma pandilla que quiso minar su reputación, se consagra con ahínco á enaltecerla. Nosotros vamos á emitir un juicio exento de toda pasión en pro ó en contra. — Rachel alcanzaba los efectos mas irresistibles de acción sobre el público por la sobriedad de los medios. Tenía el andar de una diosa. Dejando á las organizaciones desprovistas de gusto los excesos de la mímica, la bastaba para llegar á lo patético, una mirada de sus ojos expresivos, una sonrisa desdeñosa de su labio irónico, un ademán imperioso y corto de su brazo marmóreo. Pero cuando llegaba al punto culminante de la obra maestra ó del papel, se conocía que aquel hermoso mármol griego, impasible hace un momento, se encontraba en la boca del cráter. Bajo el esfuerzo latente de una pasión largo tiempo comprimida, parecía que se veía caer la máscara antigua, que se rompía la estatua cuidadosamente envuelta, dejando en su lugar, no una heroína de convención y de tradición, sino á la mujer de todos los tiempos, á la mujer que no sabe mas que dos cosas, amar y aborrecer: Fedra, Hermiona, Camila, Rocana.

¿Debemos poner ahora un dedo indirecto sobre las imperfecciones de tan gran talento? — Rachel buscaba demasiado las oposiciones de voz, del tono cavernoso al metálico, recurso del abogado inferior de provincia. También abusaba de la dicción cortada ó rápida que hacia suceder á una pausa estudiada; cosas que demostraban evidentemente el cálculo preciso. Conocía la pasión, no la sensibilidad; podía salir de sí misma para elevarse hasta lo sublime, y no sabía volver á entrar en busca de la fuente viva de la emoción. En medio de todas las ficciones hay siempre un momento en que el corazón late por su propia cuenta, en que el ojo se humedece con una lágrima sincera, y en ese momento el cómico deja el paso al hombre porque el alma ha triunfado del arte.

Se ha dicho que Rachel era un instrumento admirable que necesitaba ser arreglado por el diapason de un maestro; pero esto poco importa; lo único que podemos contestar es que cuando estaba grande en un papel lo estaba completamente: encontraba entonces acentos nunca oídos, y un ademán, una actitud que el cincel de un escultor de genio habría podido fijar en la inmortalidad del mármol.

Los caprichos de la Rachel, sus exigencias, su tiranía, sus viajes, su amor al oro, ¿qué era todo esto en la balanza donde pesaba únicamente la emoción del espectador? ¿Acaso en cuanto Fedra ó Hermiona adelantaba en la escena su pié escultural, no barría su manto griego todas las villanías teatrales que se atravesaban á su paso?

Rachel ha pagado bien caro una carrera de triunfos; no hay uno solo que no la haya conducido mas cerca del sepulcro en que hoy reposa. El teatro no consintió en venderle los laureles y la fortuna sino á costa cada uno de un sacrificio material, de modo que el día en que se vió rica y célebre, ya nada vivía ni respiraba en su pecho destrozado. La gloria mata con tanta seguridad como el hambre, y estaba en el destino de la Rachel el salir fatalmente por una ú otra de estas dos salidas; grande artista por la gloria; cantarina de café por el hambre.

Tales son los últimos pensamientos que nos inspira la muerte de la última trágica francesa. R. S.

Boletín científico.

PROGRESOS EN LA CONSTRUCCION DE BUQUES DE VAPOR: — Creemos que se verán con sumo gusto los datos siguientes, que sobre el particular inserta el *Weekly Register*:

«El importe del flete por el numerario que se envió á la India con el vapor que salió el 4 del pasado mes, ascendió á 25,000 libras esterlinas. El coste por el millon y cuarto de libras en especie, que salió hace poco en un vapor de la misma carrera fué de 35,000 libras, cuya suma unida á la que resultó del flete de los pasajeros y del cargamento, representa una cantidad igual al valor del buque. Por consiguiente, un vapor, en un viaje de dos meses, ha ganado de 50 á 60,000 libras, de las cuales 36,000 representaban el importe de una sola mercancía. Esto hace ver la enorme extensión y el valor de nues-

tro comercio, y esta misma extensión, cuyos límites son incalculables, explica la causa de la creciente magnitud de nuestros buques de vapor.

Algunos años atrás el vapor *Tajo*, de 800 toneladas y fuerza de 280 caballos, era el que conducía la mala de la India; el *Clyde*, de 1,300 toneladas y 400 caballos de fuerza, la de las Indias Occidentales, y las de los demás puntos de América iban en buques de igual porte á corta diferencia. Estos vapores han sido superados por el *Pera*, de 2,700 toneladas y 450 caballos; el *Atrato*, de 3,600 toneladas y 800 caballos, y el *Persia* de casi 4,000 toneladas y una fuerza de 900 caballos.

Antiguamente se consideraba que un vapor para ser gobernable, no podía exceder de 200 piés de longitud por razón de que, siendo mas largo, la voz del capitán, situado en el centro del puente, no podría oírse en las demás partes del buque. A pesar de esto, algunos de los grandes vapores que conducen la mala miden cerca de 400 piés. Los comandantes de los vapores de grandes dimensiones no mandan desde hace mucho tiempo las maniobras solamente con la voz; el capitán se comunica con el maquinista desde el puente por medio de campanas, y con el timonero empleando señales visibles. Los grandes vapores tienen una abertura en el centro de la cubierta que va á parar directamente al interior del buque; las demás órdenes del capitán son transmitidas por oficiales subalternos situados en diferentes puntos de la embarcación.

A medida que aumenta el tamaño de los vapores aumenta también el tráfico proporcionalmente, tanto por su mayor velocidad, como porque ofrece á los pasajeros muchas mas comodidades. Un vapor grande puede construirse con mas economía que dos pequeños cuyo conjunto de toneladas igualen las del primero. En este, el precio del pasaje y flete son mas baratos á causa de la gran velocidad y mayor capacidad del buque, con las cuales no pueden competir los vapores pequeños, esto sin tomar en consideración el tiempo y las molestias que se ahorran los pasajeros, y la asistencia mas esmerada que pueden recibir. Antes continuamente se hacían reclamaciones sobre que los vapores de la Compañía de las Indias Orientales admitían á bordo mas pasajeros de los que debían, y esto sucedía con buques de 1,300 toneladas, como el *Clyde*, que solo conducía de 70 á 80 personas. Iguales quejas se producen ahora contra la misma sociedad que dispone de buques gigantescos como el *Orinoco* y otros, porque llevan á bordo mas de 200 viajeros; esto demuestra que estos vapores son también demasiado pequeños para el servicio á que están destinados. Años atrás, sesenta ó setenta pasajeros llenaban los vapores de la carrera de América. En el día se ha duplicado el número de los que hacen esta travesía, y á pesar de que su tamaño es triple del que acostumbran tener, sucede con mucha frecuencia que no caben en ellos los pasajeros. Los vapores de la India y de la China han duplicado sus viajes á mas de aumentar considerablemente sus dimensiones, y con todo son muchas las veces que no teniendo bastante sitio para los pasajeros ni para el cargamento que deben transportar, han debido encargarse del tráfico sobrante vapores no pertenecientes á la sociedad.

La longitud de un vapor contribuye á darle velocidad. Este axioma se ha tenido presente desde largo tiempo en la construcción de buques. «Si un gigante, se decía, tuviese que correr con un enano por un camino sembrado de pequeñas colinas, aunque la velocidad del paso del enano fuese proporcionada á la longitud de las piernas del gigante, este ganaría porque pondría el pié de colina en colina, mientras que el enano tendría que subirlas y bajarlas y recorrer por consiguiente un espacio mayor de terreno. Lo mismo sucede, pues, con un buque largo y otro corto; el último tiene que subir sobre cada ola en tanto que el primero, con motivo de su longitud, no tiene que descender entre ola y ola, sino que forma un puente sobre las dos, ó — empleemos esta figura, — pone el pié sobre cada una de ellas. Además, las grandes máquinas, y por lo mismo de mucho mas peso, necesarias para dar mayor velocidad á un buque, no pueden ponerse en un vapor pequeño por mas que sea sólida su construcción, puesto que al funcionar harían pedazos el buque á causa de su contigüidad con el casco. El aumento de velocidad que en los últimos años han tenido los vapores es considerable. En los primeros buques que conducían la mala, exigíase una velocidad de ocho millas por hora, que subió después á nueve y diez millas; pero vapores como el *Persia*, *La Plata* y el *Atrato*, en un viaje largo, andan siempre por término medio catorce millas por hora.

Las incomodidades y peligros que ofrece un viaje por mar han disminuído á medida que ha aumentado la magnitud de los buques. La molestia mas pesada es el mareo. Cuando empezaron á salir de Southampton los vapores de la mala eran comparativamente muy pequeños, así es que un viento ó un oleaje insignificantes, comunicando al buque un movimiento demasiado fuerte, hacia que los pasajeros se mareasen al salir del puerto como si se encontraran en alta mar. Luego que se construyeron vapores de mucha longitud, el movimiento fué menos vivo, y el mareo, terror de los terrestres, no se sentía hasta que el buque había salido del canal de Inglaterra. Pronto se emplearon vapores de tamaño enorme, y entonces los pasajeros mas delicados no perdían su apetito hasta llegar al golfo de Vizcaya, al Mediterráneo ó al Océano Atlántico, y esto solamente cuando el mar estaba muy agitado. Y después, con respecto á los peligros de la navegación, un buque grande y de una solidez proporcionada, es mucho mas fuerte para luchar contra el viento y las olas que una embarcación pequeña. Una ráfaga de viento hará zozobrar la barea del salvaje, pero el hombre civilizado construye en el día buques que resistirían casi al mas fuerte huracán.

Cuando se construyeron los primeros vapores de gran tamaño creyóse que el precio de transporte sería tan subido que solo podrían ir en ellos las malas, pasajeros y algunos artículos de lujo difíciles de conducir, y que si admitían otros cargamentos las sociedades de buques de vapor tendrían que pagar sus dividendos del capital. Estos cálculos han salido equivocados. Los grandes vapores de la mala inglesa transportan toda suerte de mercancías y productos de todas las

partes del mundo. Conducen á Inglaterra el oro en polvo de California y Australia, la plata de Méjico y del Perú, la seda de China, los chales de la India, gomas, especias y marfil de Egipto, tabaco y conservas de las Indias Occidentales, café del Brasil, materias tintóreas de la América Central, frutas, vinos y quesos de la península. Por otra parte exportan los diferentes artículos manufacturados de Inglaterra, Francia y Suiza á todos los puertos del globo. Cada vez que ha de salir un vapor de Southampton los andenes del muelle están cubiertos de cajas y fardos llenos de artículos: acero, hierro, bronce, porcelana y toda suerte de mercancías salidas de las fábricas de Inglaterra y del continente europeo. Los grandes vapores de la mala, con la rapidez y seguridad de sus viajes, han creado un tráfico que es la maravilla del comercio, es decir, la transmisión de millones de plata acuñada al Oriente, donde desaparecen como por encanto esparcidos por la India y la China. Casi todos los vapores que salen de Southampton, primera estación de buques de vapor del mundo, tienen que rehusar una parte del cargamento que se les ofrece. Lo que se paga de mas por conducir las diferentes mercancías del mundo en buques de vapor lo compensa ampliamente la puntualidad y rapidez del tránsito. Es mas económico pagar fletes subidos sabiendo que los géneros han de llegar pronto á su destino, que no exponerlos á un retardo incalculable, aunque el transporte en otros buques sea mucho mas barato; y cuesta menos encontrar carbon de piedra para las máquinas de un vapor, que provisiones para la tripulación de los barcos de vela. Además, en cuanto al lero comercial, sociedades como la de Cunard y la Peninsular y Oriental, deben estar bastante satisfechas con el suyo.

Los mas grandes y por consiguiente mas rápidos vapores, pueden contar siempre con una subvención del gobierno por la conducción de las malas. Las cartas deben considerarse como la sangre que da vida al cuerpo comercial, y necesariamente han de preceder ó al menos acompañar la transmisión de las mercancías. El rápido y puntual cambio de correspondencias entre la Inglaterra y sus posesiones, tan necesario á sus mútuos intereses, obliga al gobierno británico á pagar caro el transporte de la correspondencia marítima. El subsidio pagado á la Compañía de la mala real es de 270,000 libras anuales; el de la Peninsular y Oriental pasa de 200,000 libras, y otro tanto á corta diferencia percibe la de Cunard. Estas tres sociedades reciben tres cuartas partes de un millon de libras esterlinas al año por la conducción de las malas. Desde luego puede asegurarse que el producto de las cartas que llevan estos vapores no llega á la mitad de aquella suma, pero en cambio el país gana con el vasto comercio que crea esta correspondencia. Estos crecidos subsidios son los que contribuyen en parte á que estas sociedades se encuentren en un estado tan floreciente, y que puedan entregarse á esos repetidos experimentos en la construcción de buques de vapor, por cuyo medio se ha logrado un grado tal de perfección que nuestros vapores han venido á ser correos del mundo, sin contar con que han contribuído inmensamente al desarrollo de nuestra prosperidad, al afianzamiento de la paz y á la seguridad de nuestras costas para en caso de guerra.

El vapor *Leviatan* tiene doble longitud que los buques citados, triplicada la fuerza de sus máquinas, y su tonelaje es cinco veces mayor que la del buque mas grande que se conoce en el día. Pero esta diferencia apenas es comparable con la magnitud de los vapores que las compañías de la mala emplean actualmente y la de los que navegaban veinte años atrás. La razón porque el *Leviatan* ha excitado mucho mas interés y curiosidad, respecto á esta diferencia, que la que causaron comparativamente el *Persia* y el *Atrato*, es la desproporción gradual del tamaño de los buques de vapor desde el tiempo que aquellos se botaron al agua. Por ejemplo, entre los vapores *Ripon*, *Orinoco*, *Niagara*, *Canada*, *Europa*, *Tamar*, *Tyne*, *Nubia*, *Alma*, *Africa*, *Arabia*, *La Plata*, *Orinoco*, *Magdalena*, y *Parana* los hay que varían de 1,300 á 3,000 toneladas. Pero entre un buque de 4,000 toneladas y otro de 25,000, como el *Leviatan*, no se encuentra una magnitud intermedia que pueda distraer una parte de la admiración que el último ha causado. Casi puede asegurarse que el *Leviatan*, con su elegante forma, su inmensa longitud y la enorme fuerza de sus máquinas, andará, por término medio, veinte millas por hora, ó sea cerca de 500 millas en un día. Este buque empleará un día y medio para ir de Inglaterra á Lisboa, dos á Gibraltar, tres á Malta, seis á Nueva York, ocho á Rio Janeiro, diez al cabo de Buena Esperanza, veinte y seis á Australia y dos meses para dar la vuelta al mundo. Con un buque como este que salga de Inglaterra para Alejandría, y otro que aguarde su llegada en el mar Rojo, pueden transportarse 10,000 hombres á Calcuta en menos de tres semanas ó á Bombay en quince días. El *Leviatan* puede llevar á bordo carbon suficiente para dar la vuelta al mundo; y contando con todo el cargamento, malas, especie, pasajeros y tropas que podría admitir á bordo en un viaje de dos meses, sus ganancias serían enormes. Por eso no debe extrañarse que de algunos meses acá la atención de todas las personas interesadas en negocios marítimos se haya fijado en el *Leviatan* de una manera tan intensa como si este buque estuviese destinado á empezar una nueva era en la navegación por medio del vapor. Las grandes luchas de los ingleses han sido siempre en el mar y allí es donde han conseguido grandes victorias; á ellos toca pues dominar en este elemento así en la paz como en la guerra. Por ahora no podrá negarse que, en la construcción de buques al menos, conserva una incuestionable superioridad.»

El Alcázar de Sevilla.

(Conclusion.)

En este mismo piso se encuentra el dormitorio del rey Don Pedro, que es la última habitación situada en el lado izquierdo del Alcázar, mirando hácia los jardines. En el techo de la parte de muro comprendida entre las dos puertas que, una tras otra, cierran esta estancia, se

ven pintadas cuatro calaveras y un hombre sentado contemplándolas y señalando hácia ellas. Hé aquí la tradición á que esta pintura se refiere. Cuéntase que escuchando un día el rey, á quien la historia llama el *Cruel* y las tradiciones y la poesía el *Justiciero*, una deliberación entablada en la sala de Justicia por cuatro jueces que acababan de oír la relación de cierta causa, vino en conocimiento de que trataban de torcer la ley del lado de la *ádiva*, y del modo de repartirse las que en premio de su infamia les habían sido ofrecidas. Presentóse el monarca indignado ante ellos, y haciéndoles cortar acto continuo las cabezas, dispuso colocarlas para eterno escarmiento en el sitio donde hoy se ven las calaveras. Andando el tiempo fueron quitadas de allí las cabezas y pintadas en su lugar las calaveras y la figura que parece llamar la atención sobre ellas, como indicando el fin reservado por la justicia del rey á los jueces prevaricadores.

Una pequeña y casi escondida escalera, única que existe en el antiguo Alcázar, pues la grandiosa principal que hoy une los dos pisos y que pertenece al Renacimiento es del tiempo de Felipe II y se halla fuera del recinto de aquel, comunica desde las habitaciones de Don Pedro á un aposento situado en el piso inferior, y por ella diz que bajaba el rey á distraerse de las ingratiudes y falacias de que fué siempre víctima, al lado de una mujer amante y fiel.

Un terrado se extiende ante las habitaciones bajas y conduce desde ellas á los jardines. Llámense jardines, por estar divididos, no sabemos con que objeto. La última división que al frente parte el jardín en dos es debida al asistente don Francisco Bruna, que malgastó en ello bastante dinero.

Por la izquierda termina el jardín en una gran galería techada, por la cual puede pasearse en los días lluviosos, y que separa á aquel de la extensa huerta perteneciente al Alcázar. Cubre la galería una azotea, que es otro nuevo paseo, en extremo agradable por las buenas vistas que ofrece, pero ninguna mas grata que el contraste que forman de una parte aquellos regios jardines con su majestad, su orden y su silencio, y de otra la casita del hortelano en su pintoresco desorden, con su parra por toldo, sus gallinas y pollos por cortesanos, sus legumbres por riqueza, sus flores por lujo, y su alberca habitada por ranas á dos pasos de los históricamente famosos y regios baños de las sultanas y mas tarde de doña María de Padilla. Entrase en ellos por el jardín, y están hoy bajo el patio que lleva el nombre de esta, levantado en tiempo de Carlos V. En lo antiguo se hallaban rodeados de naranjos y limoneros que bebían sus aguas, y cubierta únicamente su parte superior. Consisten los baños en una larga alberca, que tendria en aquella época agua corriente para abastecerlos.

Cuéntase que mientras se bañaba la hermosa favorita le hacían tertulia el rey y sus cortesanos. Lo cual deja de ser tan escandaloso como á primera vista pudiera aparecer, si se considera que hoy mismo es costumbre en algunas partes recibir en el baño. Y aun en ciertos parajes bañarse muchas personas de ambos sexos reunidas, como se verifica en los de Biarritz, en Francia, y en los de Bath en la pulcra Albion. La galantería de aquellos tiempos había introducido la costumbre de que los caballeros bebieran del agua misma en que se bañaban las damas. Así lo verificaban en el baño de Doña María el rey Don Pedro y sus cortesanos. Notó un día aquel que uno de estos no lo hacía, y dirigiéndose á él le dijo: ¿Porqué no bebes? Prueba esta agua y verás cuán buena y fresca es. — No haré tal, señor, contestó el interpelado. — ¿Por qué? — ¿Por qué? — preguntó picado el monarca. — Para evitar, soberano señor, repuso aquel, que si encuentro agradable la salsa vaya á antojarse la perdiz.

A la entrada de los jardines, por la cancela de hierro que casi al principio de estas páginas hablamos, y que es la que en ciertos días se franquea al público, hay un magnífico estanque de mas de tres varas de profundidad apoyado en la galería que separa los jardines de la huerta, y en cuya pared se ven todavía bellísimas pinturas mitológicas que ni el ardiente sol ni los violentos aguaceros de Andalucía han podido deslustrar.

De este estanque se refiere que hallándose muy preocupado Don Pedro con la idea de á qué juez confiaria el sentenciar un pleito sumamente enmarañado y oscuro, cortó una naranja en dos mitades y colocó una de estas sobre la superficie de las aguas del estanque. Hizo venir á un juez y le preguntó qué era lo que sobrenadaba. Contestóle el juez que era una naranja, y descontento el rey lo despidió, mandando llamar sucesivamente á otros varios jueces, de quienes, habiéndoles hecho la misma pregunta, obtuvo también la misma respuesta. Llegó, por último, uno que la escuchar la pregunta del rey desgajó una rama de un árbol, y trayendo con ella hácia sí el objeto á que aquel aludía, lo sacó del agua: es media naranja, señor, contestó entonces. — Tú serás, dijo el rey, quien sentencie la causa; y la puso á su cuidado.

No debemos pasar por alto una cosa que entusiasma á algunos y asusta á otros de los muchos que visitan los jardines del Alcázar. Nos referimos á un juego de aguas que hace brotar de repente entre los ladrillos de los paseos gran cantidad de saltadores que, formando prismas con los rayos del sol poniente, causan bellissimo efecto y parecen otros tantos movedizos penachos de brillantes.

También hay un laberinto de arrayan, caro á los niños, que los atrae y asusta como todo lo misterioso.

Hay otra cosa en estos jardines, que sin ser creación artística ni régia, sin recuerdo histórico y sin ayuda del

tiempo ni del hombre, encanta y admira, y es un ruiseñor que no busca recuerdos ni bellezas, sino verde hojarasca.

No podemos concluir de hablar del Alcázar sin dedicar un recuerdo á este huésped de sus jardines, porque él á su vez nos trae á la memoria los amigos queridos y simpáticos en union de los cuales, y sentados con ellos al rededor de una fuente, hemos quedado tantas veces mudos y absortos escuchando los mismos sonidos que oirían las grandes figuras cuyos hechos han quedado impresos en las páginas de la historia y cuyas huellas se estamparon en los mismos sitios que recorriamos. Una serie de siglos, con los personajes y cosas que en cada cual figuraron, pasaba lentamente ante nuestra vista trayéndonos á la memoria como repite un lejano eco los debilitados sonidos de distintas tocatas. Entonces, cual nunca, sentiamos lo que M. Ernesto Reuan, miembro del Instituto francés, ha expresado no ha mucho en las siguientes palabras (1): «¡Lo pasado es tan poético! ¡Lo porvenir lo es tan poco! Hay mas mérito en amar lo que fué, que en amar lo que será. Ciertos seres privilegiados aman las cosas antiguas y gastadas porque las ven débiles y abandonadas, y porque la multitud se aglomera en otras direcciones.

» En esto consiste el secreto de su fuerza; pues en medio de esa humanidad ligera que ríe, se divierte y se enriquece, conservan lo que constituye la fuerza del hombre y lo que á la larga da siempre la victoria, esto es, la fe, la gravedad, la antipatía á todo lo vulgar, el menosprecio de la frivolidad.»

Mal hemos llenado nuestro cometido; pero venga todo aquel que quiera conocer bien esta joya de España á la hospitalaria hija del Bétis; y cuando le admire la Lonja, le encante el Alcázar y le entusiasme la catedral, conocerá cuán difícil es describir en lisa y llana prosa lo que se siente al contemplarlos. No ha sido aquel tampoco el objeto que nos hemos propuesto al trazar las presentes líneas. Al ver que la época actual, que tiene tantas trompas para publicar lo que es triste y malo (ó lo que sin ser malo hace que lo aparezca), no ha tenido fuera de Sevilla ni una débil voz para publicar la buena y satisfactoria nueva de esta hermosa restauración, cuya importancia es la de un verdadero acontecimiento nacional (por mas que no sea un ferro-carril), hemos querido evitar que quede desatendida, y contribuir en algo á que todo español amante de las bellezas artísticas y de los monumentos históricos de su patria, tribute á nuestros reyes la gratitud á que en esta, como en tantas otras ocasiones, se han hecho acreedores.

FERNAN CABALLERO.

Arqueología.

¿COMO DEBE REPRESENTARSE EL NACIMIENTO DEL SEÑOR?

Este célebre y grande acontecimiento que cambió la faz del mundo, regenerando la especie humana, no debería representarse, á nuestro modo de ver, como comunmente se hace en un portal ó casa arruinada, sino en una cueva ó roca excavada inmediata á Belén, venerada diez y nueve siglos hace por los cristianos, á la que tuvo que recogerse la Sacra Familia, porque, como dice el evangelista san Lucas, no hubo lugar para ellos en el meson: *Quia non erat eis locus in diversorio.* (Capítulo 2, v. 7.)

En este miserable sitio en el que se recogerían bestias, como que habia pesebre, fué donde la Virgen María dió á luz su Hijo primogénito, recostándole en el mismo pesebre: *Et peperit filium suum primogenitum... et reclinavit eum in prasepio.* (Id. id.)

La representación del Niño Jesus enteramente desnudo como suele hacerse, es á mas de impropio por razones que no es menester emitir, contrario á lo que textualmente dice el Evangelista: *Et pannis eum involvit;* y envolvió (María) en pañales. Y luego cuando los pastores fueron enviados á ir á ver el recién nacido, la seña que se les dió fué, que le encontrarían envuelto en pañales y reclinado en un pesebre: *Invenietis infantem pannis involutum, et positum in prasepio.* (Id. vers. 12.)

Figúrase á san José en el nacimiento del Señor como un viejo decrepito, apoyado en un báculo para poder sostenerse, es inverosímil.

Si bien el esposo de María no era mozo cuando se desposó, tampoco su edad pasaria quizá de unos cuarenta años (veinte y cinco mas que la Virgen) como opinan sabios y juiciosos escritores eclesiásticos. Edad varonil y propia todavía para ejercer su oficio de carpintero, segun se cree, y poder mantener con el trabajo de sus manos á su familia, y edad en fin que le permitia suportar las fatigas del penoso viaje que acababa de hacer de Nazaret á Belén, y de los otros que debia emprender, restituyéndose primero á su pueblo natal, huyendo luego á Egipto y volviendo despues de este país á la Palestina.

Por otra parte, de este modo se concilia que san José muriese de una edad avanzada (setenta y tantos años), suponiendo como parece probable que murió poco antes de principiar Jesucristo su predicación ó antes de las bodas de Canaan.

En cuanto á la Virgen Santísima hacen bien en representarla muy jóven, pues la comun y mas recibida opinion es que no tendria mas allá de diez y seis años cuando dió á luz su Divino Hijo.

En la fisonomía y color de los individuos de la Sacra Familia sí que raras veces hemos visto estampado ó

(1) Revista francesa de ambos mundos, 15 de agosto de 1857, página 768.

reproducido el tipo especial de los habitantes de aquellas regiones, ni aquellas formas y tinte ó color propio de la raza, tal como la describen los naturalistas, particularmente el ilustrado virey. En donde quiera vemos siempre tipos europeos con esa morbidez, esa pastosidad y esos brillantes colores peculiares á nuestro clima, extraños hasta cierto punto á aquel.

Tampoco en los trajes notamos toda aquella exactitud histórica que fuera de desear. Fundados en datos respetables creemos que el traje de la Virgen debería constar: 1º del *chetoneth*, túnica de lino holgada y larga hasta los pies y con mangas que solía llevarse sobre el *sadin*, especie de camisa. 2º De la *maatapha*, esto es, envoltura, otra túnica holgada también, pero mucho mas corta y sin mangas apenas, de color de jacinto ó tal vez mejor azul, con una ligera *instita*; apretadas ambas al cuerpo con un ceñidor de lino ó biso llamado *kischourim*, *ligamina* en latin, porque daba varias vueltas al cuerpo, y cuyos largos y flotantes remates terminarían con unas borlas ó *ciciths*.

La cabeza virginal de María estaria adornada con una tiara ó mitra, tal vez el *schebisim* de Isaias (*cap. 3, vers. 18*), especie de escofieta de lino ó biso, que despues de recoger el cabello, trenzado por lo comun, cubria la cabeza, siguiendo el precepto de que habló san Pablo (1ª *Corint. XI, 10*), y descendía por debajo de la barba y velaba airoosamente parte del cuello, pecho y espalda hasta confundirse con la túnica.

Cubriría últimamente todo el cuerpo con el *simla* ó *mitpahath*, ancho velo ó manto que unas veces se llevaba sobre las espaldas y otras se ponía sobre la cabeza, con el cual podia con facilidad taparse el rostro y envolver toda la figura cuando convenia.

Unas sandalias ó una especie de borceguines de piel de color y con una suela alta para preservar el pié del polvo y de la humedad seria su calzado.

San José vestiria sobre el *sadin* interior, y probablemente de una sola pieza y sin mangas, una túnica mas corta y estrecha que la de María, y de tela menos fina, tal vez del color natural de la lana ó de otro mas oscuro, asegurada al cuerpo con el *ezor*, ceñidor fuerte de cuero ó de lino.

Para abrigo general usaria el *taled*, capa ancha y cuadrada, mayor que la clámide de los griegos y romanos, con farja por todo el alrededor y las respectivas borlas ó lazos (*ciciths*) morados en cada uno de sus cuatro ángulos, como prevenia la ley. (*Núm. XV, v. 38*). Abrigo que tan pronto se echaba sobre los hombros, como se ponía sobre la cabeza segun se ofrecia ó las variaciones de la atmósfera lo exigian.

Su calzado seria unas sandalias comunes aseguradas al pié con una correa, y el resto de la pierna y muslo desnudo, pues solo á los sacerdotes les estaba prevenido que usaran una especie de calzoncillos ó zaragüelles (*Exodo, 28-42*).

También es de creer que llevaria colgado del ceñidor una especie de bolso ó escarcela, llamado *charitim* por su figura cónica, en la que traeria el dinero y lo mas esencial para el viaje.

El cabello le usaria medianamente largo como la generalidad de los israelitas, porque san José ni era *nazareo* que lo dejaban crecer del todo (*Núm. 6-5*), ni era posible que se rapara parte de la cabeza en forma de corona como hacian los idumeos, amonitas, etc., porque la ley del Señor lo prohibia terminantemente (*Lev. 19-27*). Es de creer que llevaria el cabello cogido en parte por medio de un ligero turbante, ó mas bien asegurado con un *mitsnefet* ó *totaphot*, ceñidor ó adorno de cabeza.

No dejaria tampoco de usar la barba de una regular medida, pues se sabe el grande aprecio que de ella hacian los israelitas (*Levit. XX, v. 27*. — 2º *Rey. X, v. 4*).

Probable es también que san José llevaria en sus viajes un báculo ó baston parecido al *matte* de Moisés y de Aaron, pero no parece verosímil que llevara aquel mismo baston ó rama seca de almendro que una pia tradición, que refiere san Jerónimo, dice que floreció y decidió la suerte á su favor, cuando con otros distinguidos varones de la tribu de Judá aspiraba á la mano de María.

Últimamente, acerca de la costumbre observada por los artistas cristianos de figurar inmediatos al pesebre un buey y un asno ó mula, debemos manifestar que aunque el evangelio nada diga, una antigua y constante tradición lo ha autorizado hasta cierto punto, como una alegoría de la humildad y abatimiento en que quiso el Señor venir al mundo.

Tillemont supone esta tradición de la mitad del siglo V, y poco despues se halla universalmente adoptada, añadiendo Benedicto XIV que hay mármoles y pinturas anteriores al referido siglo, en los cuales se ven el asno y el buey figurados en el pesebre del Señor.

Es también probable que ambas bestias eran propiedad de la Sacra Familia: el asno ó mula serviria para el viaje de la Virgen María, y el buey lo habria conducido san José con el objeto de venderlo en Jerusalem, para con su producto pagar el tributo al César y atender á otras necesidades de familia. V. J. BASTUS.

Las ventas á pública subasta en Paris.

Describir el interior de una sala de ventas en el edificio consagrado en Paris á este objeto especial en la calle de Rossini, no es tarea fácil, y parece mas propia del dibujante que del escritor. Además, aunque el asunto puede amenizarse con agudezas, no siempre en el fondo es divertido. Todos esos tristes relieves de una opu-

lencia pasada, ó esos humildes restos vendidos por autoridad judicial tienen algo que contrista el corazón: es difícil olvidar que la justicia ó la muerte los han llevado á esos sitios.

Es verdad que hay muchas ventas que se consideran voluntarias, como verbigracia, los muebles y objetos de arte de las actrices que muy á menudo sacan ellas mismas en almoneda á fin de que sus admiradores puedan repartirse reliquias tan preciosas; pero tambien voluntariamente llevan los pobres al Monte de Piedad las cosas de mas valor que poseen, y al cabo de un año son vendidas. En cuanto á la gente que concurre á esos lugares, público de judíos y de prenderos y traficantes de toda especie, no niego que puedan distinguirse en la confusión algunas buenas cabezas de estudio. — Nuestro dibujante está encargado de mostrarlas aquí, — pero en lo general ofrece el tipo de la mas sórdida avaricia. Raza de aves de rapiña, hombres envejecidos en la usura que llevan sistemáticamente tanto por gusto co-

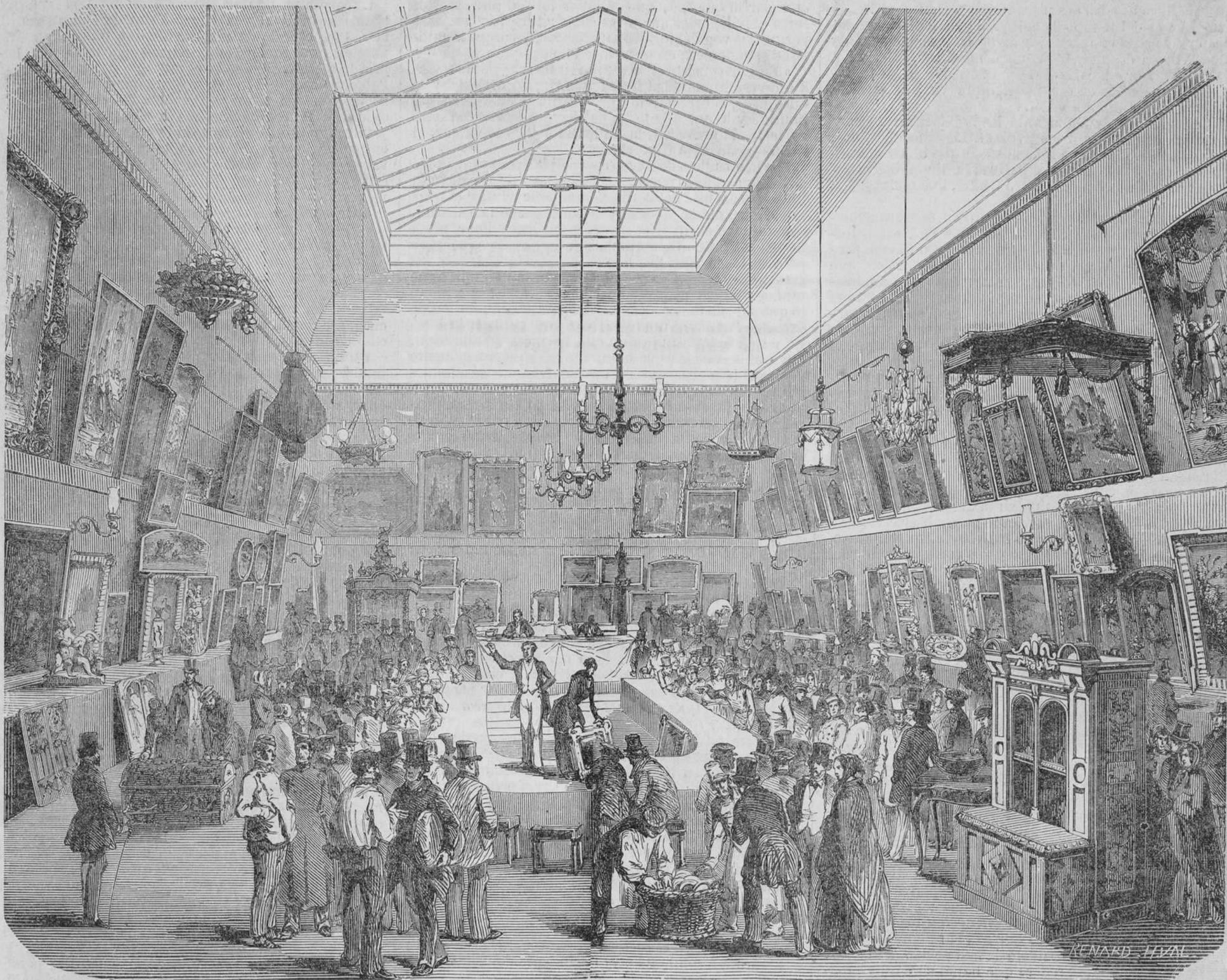
mo por interés la librea de la miseria, que disimula fortunas á veces considerables reunidas ochavo por ochavo con los despojos de los infelices.

Las salas consagradas á las ventas de objetos de arte son de un aspecto menos sombrío. Aquí al menos solo se despachan las superfluidades del lujo. La clientela de las ventas artísticas es otra que la de las ventas de muebles. Y no es decir que falten los traficantes; pero al menos tienen un exterior decente. A su lado figuran los aficionados ricos cuyas colecciones rivalizan con las de los museos, y luego en último término están los aficionados subalternos, siempre tan confiados y tan inocentes, que pasan su vida soñando encontrar lienzos de Rembrandt inéditos ú obras de Rafael desconocidas.

Es imposible formarse una idea del número de lienzos pintados que pasan diariamente por la sala de ventas cuyo dibujo ofrecemos. Se diría que la nación ha tomado una paleta en masa, y que el territorio francés cuenta treinta y tantos millones de pintores. Pero ¡ay!

la abundancia de productos ocasiona forzosamente la baja en los mercados. Así la mayor parte de los lienzos se venden por el valor del marco. El parisiense aficionado á las bellas artes puede hoy formarse un museo privado, con menos dinero del que hizo falta en otro tiempo para ilustrar una guardilla con litografías iluminadas. Los catálogos, sin embargo, son muy seductores; no sale un cuadro en venta que no esté firmado por un pintor de fama. Todos son italianos, españoles, flamencos, holandeses de primer orden.

Los traficantes que abundan en estas almonedas monopolizan todos sus beneficios, y á fin de que las cosas se vendan siempre al menor precio posible, tienen formada entre sí una liga ofensiva y defensiva de las mas temibles contra los vendedores y los comisarios que adjudican. Tácitamente está convenido entre ellos que no harán pujas unos contra otros. Cada cual alternativamente prosigue solo la subasta, á fin de destruir hasta el último vestigio de esa concurrencia en que el



Vista de un salon de almoneda.

vendedor fundó sus esperanzas. Unicamente cuando por acaso una cara desconocida, un intruso se permite pujar tal ó cual objeto que le conviene, la liga mercantil se desencadena furiosa contra el forastero. Para arrojarle de allí se ponen en juego todos los recursos, y si él se pica y continúa, puede estar seguro de llevarse el objeto por tres ó cuatro veces mas de lo que vale. Así se quedan dueños del campo de batalla.

Apenas se ha consumado este simulacro de subasta, los traficantes se reúnen en masa á reparar sus compras y vuelven á pujarlas entre sí.

La materialidad de la venta se hace como en todas partes. Un comisario dice la tasación; un pregonero la repite y recoge las pujas que proclama en alta voz. Cuando ha pasado un tiempo suficiente, que calcula el comisario, sin nuevo ofrecimiento, despues de varias advertencias reiteradas cuya fórmula es: *Une fois, deux fois, trois fois, personne n'en veut plus?* — pronuncia en fin la palabra sacramental: *Aajugé*, acompañada de un martillazo que pone fin á la subasta.

Como en París se saca partido de todo para escribir libros, un estadista curioso ha reunido en un folleto,

por las indicaciones de los que acuden diariamente á las salas de las ventas, sin perjuicio de los datos históricos, una enumeración de objetos célebres disputados en subasta por los aficionados. Vamos a citar algunos de los artículos señalados en este libro, dando la preferencia á varios de los que nos parecen mas notables, si bien debemos advertir que la mayor parte de ellos no han sido vendidos en las almonedas parisienses.

El sombrero que Napoleon llevaba en Eylau se adjudicó en venta pública el 1º de diciembre de 1835 á M. Delacroix, médico, por la suma de 4,920 francos.

Al célebre músico Gretry le ofrecieron por un mal barómetro de Rousseau, que valia 3 fr., 1,500 fr.; y por la mesa en que compuso su *Nueva Heloisa*, que podía valer 4 fr., 4,000 fr. — Una chaquetilla del mismo filósofo se vendió en 950 fr.

El cráneo de Descartes fué vendido en Estokolmo en la cantidad de 1,000 fr.

Cuando la traslación de Heloisa y Abelardo á los *Petits Augustins* un inglés ofreció 100,000 fr. por un diente de Heloisa.

Un diente de Newton se vendió en 1815 en 46,595 fr.

El coronel Boson conservó la casaca que habia llevado Carlos XII en la batalla de Pultava y la vendió en Edimburgo en la cantidad de 631,000 fr.

Los zapatos de Luis XIV fueron vendidos en un precio enorme por el abate de Terson.

Un baston de Voltaire valió 2,400 fr.

Una peluca de Kent se compró en 1804 por 200 fr.

Otra de Sterne valió 5,000 fr.

Una carta autógrafa de Castaing fué cedida por M. M. Alhoy á un inglés, porque este le pagara los gastos de un viaje en silla de posta durante tres meses por el Mediodía de la Francia.

Una mesa de limonero que perteneció á Ciceron fué comprada por un senador romano en 300,000 sesteracios, ó sean 48,750 fr.

Despues de la conquista del Asia Menor regalaron á Caton un manto de púrpura que nunca se atrevió á llevar. Nerón el Soberbio le compró por una cantidad equivalente á 470,000 fr.

El devocionario que Carlos I leía en el cadalso fué puesto en venta en Londres y comprado por M. Schinkel, sueco, en 120,000 fr.